

BUREAU OF PUBLIC SECRETS

Erotismo, Misticismo y Revolución

(Un estudio crítico sobre Kenneth Rexroth)

1. Vida y Literatura

Rexroth (antes de una lectura de sus poemas): “Bien, señores y señoras, ¿qué les gustaría esta noche, erotismo, misticismo o revolución?”

Una asistente de la audiencia: “¿Hay en realidad alguna diferencia?”

Kenneth Rexroth nació en el estado de Indiana en 1905, en el seno de una familia de antiesclavistas, socialistas, anarquistas, feministas y librepensadores. Recibió una educación cultivada y poco convencional cuando aún era niño y se quedó huérfano a la edad de doce años. Pasó la mayor parte de su adolescencia en Chicago, donde trabajó como reportero y colaboró en el negocio de un café de jazz, mezclándose con los músicos, artistas, escritores, radicales y excéntricos que constituían el mundo bohemio de los años veinte. De formación casi por completo autodidacta (sólo fue al colegio durante cinco años), devoraba toda clase de libros, escribía poesía, pintaba cuadros abstractos, trabajaba en el teatro vanguardista y empezó a estudiar por su cuenta varios idiomas. Antes de haber cumplido los veinte años ya había recorrido el país en auto-stop, dedicándose a trabajar los veranos en el lejano oeste como mozo y cocinero para los cow-boys; también trabajó en granjas y en tareas forestales, y un día consiguió enrolarse en un barco para ir a París.

Estas precoces aventuras las relata en su libro *Una novela autobiográfica*. Al principio parece que el libro va a tratar más de otros personajes que de él mismo: Louis Armstrong, Alexander Berkman, Clarence Darrow, Eugene Debs, Marcel Duchamp, Emma Goldman, D. H. Lawrence, Diego Rivera, Carl Sandburg, Edward Sapir, Sacco y Vanzetti, todos aparecen brevemente. Junto a ellos también encontramos a una mujer hindú que le introduce en el yoga sexual, a un miembro de la banda de Bugs Moran que se retira más tarde a Hollywood como asesor de películas de gánsteres, a un poeta charlatán que dice haber pertenecido a “las tres organizaciones más cotillas de la vida moderna: anglo católicos, trotskistas y homosexuales”. Además, el libro presenta una gran variedad de personajes: anarquistas, comunistas, wobblies (pertenecientes a la IWW¹), dadaístas, surrealistas, ocultistas, prostitutas, policías, delincuentes, jueces, carceleros, vagabundos, rústicos, indios, cow-boys, leñadores... Se trata de una autobiografía fascinante, no sólo por la increíble y variada suma de experiencias del propio Rexroth, sino por su evocación de la subcultura radical libertaria americana que desapareció a comienzos de siglo y por las imágenes que ofrece de la bohemia de los años veinte que anticipaban la contracultura

mundial que más tarde llegaría. “En esos momentos yo estaba siendo testigo del desarrollo de un modelo cultural en algunos lugares de Chicago, Nueva York y París, que iba a extenderse por todo el mundo. Una generación más tarde, todos los profesionales que se las daban de bohemios, fuesen de Oslo o de Sydney, harían las cosas que nosotros ya habíamos hecho; pero en nuestra época todos nos conocíamos unos a otros.”

La primera edición de *Una novela autobiográfica* abarca hasta 1927, cuando Rexroth se instala en San Francisco⁽²⁾ (decía que esa ciudad le gustaba porque estaba cerca de las montañas del Oeste, lejos del dominio cultural de Nueva York, y también porque era prácticamente la única ciudad importante de Estados Unidos que no estaba poblada por puritanos sino por “jugadores, prostitutas, granujas y buscadores de fortuna”). Durante los años treinta y cuarenta Rexroth desempeña un papel muy activo dentro de muchos grupos libertarios, en defensa de los derechos civiles y en contra de la guerra (durante la segunda guerra mundial se declaró objetor de conciencia), y es el principal mentor del fermento cultural y literario que conducirá al “Renacimiento de San Francisco” después de la guerra. Durante los años cincuenta y sesenta escribe poemas, obras de teatro, ensayos y artículos de crítica social, traduce poesía de siete idiomas, presenta críticas de libros y programas en la radio independiente KPFA, y organiza por primera vez lecturas de poemas acompañadas de jazz.

En 1968 se traslada a Santa Bárbara, en el sur de California, donde imparte cursos sobre poesía y música underground y donde, a excepción de algunas largas visitas a Japón, vivirá hasta su muerte en 1982.

* * *

Yo tuve la suerte de llegar a tratarle algo en los años sesenta, cuando acudí al curso que él estaba dando en el State College de San Francisco. Toda su vida se había llevado mal con el mundo universitario (llamaba a las universidades “fábricas de niebla”), pero en ese momento su figura era tan reconocida y había tal demanda de una educación “pertinente”, que a él se le permitió impartir el curso que quisiera. Su “clase”, mucho más instructiva que cualquier otra que yo haya recibido, consistía simplemente en discusiones abiertas sobre cualquier materia, amenizadas a veces con otras actividades como, por ejemplo, representaciones teatrales.

Rexroth conectaba generalmente bastante bien con los movimientos contraculturales del momento en los que la mayor parte de nosotros estábamos envueltos, pero atemperaba nuestro ingenuo entusiasmo con una saludable dosis de humor y escepticismo y nos hacía tomar conciencia de perspectivas más amplias: comparaba a Bob Dylan con los cantautores franceses de la “nouvelle chanson” de los cuales nosotros no habíamos oído hablar nunca; defendía que, dentro de los artistas psicodélicos, el más grande era precisamente una mística medieval que había pintado sus propias visiones; respaldaba con fuerza las acciones más radicales contra la guerra, a la vez que nos ponía en guardia contra la manipulación de los burócratas de izquierdas. En algunas ocasiones, soliviantado por alguna atrocidad social o por alguna mezquindad particular, lanzaba críticas mordaces. Pero la mayor parte del tiempo lo que hacía era bromear de manera agradable con la gente. Raramente insistía en sus puntos de vista; sin embargo podía, en mitad de una conversación, dejar caer un chiste, una anécdota que debilitaba sutilmente nuestras ilusiones o nos abría una nueva perspectiva sobre lo que estábamos hablando. Meses o años más tarde, cuando me venían a la memoria algunas de sus observaciones, aparentemente intrascendentes, se me aparecía de repente su verdadero sentido, y apreciaba aún más el tacto y la discreción con que las había hecho.

Su voz áspera y cansina recordaba a la de W.C. Fields⁽³⁾, y en sus apariciones públicas a menudo llegaba a forzar el parecido adoptando su estilo oratorio: “Eso me recuerda una vez

(y bajaba nostálgicamente los ojos) que estaba hablando con Lewis Mumford, un hombre con el que yo normalmente estaba de acuerdo (*esto lo decía refunfuñando y torciendo el gesto*) y me dijo...” Esta actitud teatral e irónica era muy entretenida, pero yo creo que él la utilizaba ante todo para hacernos partícipes de sus ideas sin mucha solemnidad. A los ojos de un observador casual que no se diera cuenta de su ironía, Rexroth podía parecer simplemente un viejo excéntrico y algo sentencioso al que le gustaba contar divertidas anécdotas sobre personas famosas. Era, sin duda alguna, consciente de sus propios méritos, pero a mí nunca me pareció engreído: tanto en sus escritos como en sus charlas, Rexroth siempre dialogaba. Hay muchos escritores que tratan de llamar la atención de la gente ante la más nimia idea que se les ocurre; Rexroth, al contrario, lanzaba ideas perspicaces y originales como si fueran algo banal conocido por todos o atribuía a otros sus propios méritos. Muchos son los escritores que él ha alabado por su madurez, valentía, erudición, adaptación a distintas culturas etc., que estaban en realidad muy lejos de lo que era él mismo. Tenía fama de ser muy irritable en algunas ocasiones, pero para mí lo que sobresale de Rexroth es su cordialidad y magnanimidad.

Yo no le conocí lo bastante bien como para poder hablar sobre su vida personal. Este libro trata fundamentalmente de su obra literaria, pero sólo de ciertos aspectos de ella. Lo he escrito por dos razones: quería destacar, por mí mismo, lo que consideraba valioso y aquello con lo que no estaba de acuerdo en un escritor que tanto ha significado para mí, y también pretendía que otras personas se interesasen por su lectura. Espero, al menos, conseguir esto último.

* * *

Algunos de los primeros poemas de Rexroth se parecen a los poemas “cubistas” de Gertrude Stein, Guillaume Apollinaire y Pierre Reverdy: disocian y recomponen elementos verbales como la pintura cubista hace con los elementos visuales. Esos poemas reflejan también sus investigaciones sobre la canción primitiva y la lingüística moderna. Decía que esta clase de experimentación ecléctica, la cual compartía con muchos otros poetas de los años veinte, derivaba de su convicción de que “el lenguaje actual de la sociedad había sido corrompido por el uso abusivo al que se le había sometido, y que era necesario encontrar espacios transitables en la estructura comunicativa a través de los cuales se pudiera atacar la mente del lector”. Al final Rexroth acabó percatándose de que podía conseguir los mismos efectos con formas más accesibles. Aparte de esas pocas y tempranas excepciones, la mayor parte de sus poemas son bastante sencillos y apenas necesitan explicación alguna.

Una vez un crítico universitario se refirió sarcásticamente a Rexroth, Gary Snyder⁽⁴⁾ y Philip Whalen como “miembros de la escuela de poesía “bear-shit-on-the-trail” (“mierda-de-oso-en-el-camino”). Rexroth, por supuesto, tomó esto como un elogio. A menudo pasaba meses seguidos en los bosques y en las montañas, y unos cuantos poemas suyos reflejan sus andanzas por estos lugares. En uno de los más hermosos él está tumbado junto a una cascada leyendo *De Signatura Rerum* de Jakob Böhme, el místico visionario que “vio el mundo fluyendo a chorros en la electrolisis del amor”:

A lo largo de un profundo día de julio
 las hojas del laurel, todos los colores
 del oro, descienden girando a través
 de la sombra profunda y cambiante del laurel.
 Flotan un momento
 en el reflejo del cielo y del bosque,
 Y luego todavía girando lentamente, se hunden
 en la profundidad cristalina del estanque
 hasta el fondo tapizado de hojas doradas.

El carrizo incubaba en su abovedado nido de musgo.
 Un tritón forcejea con una polilla blanca
 que se hunde en el estanque. Los halcones chillan
 jugando bajo el techo del cielo. Las largas horas van pasando.

Tantos de sus poemas de amor tienen como escenario la naturaleza que una vez, después de leer algunos en público, alguien le preguntó, “Señor Rexroth, ¿nunca hace el amor en lugares cerrados?”. En el siguiente poema su amante y él están tendidos en una canoa varada sobre un lecho de nenúfares de un pequeño río del Medio Oeste:

Deja que tu perfumado pelo caiga sobre nuestros ojos,
 bésame con esos dulces y melódicos labios, (...)
 muévete suavemente, muévete apenas, separa tus muslos,
 tómame lentamente mientras nuestros ávidos labios
 se buscan a ciegas conteniendo la sangre que bulle en nuestras gargantas.
 Muévete suavemente, no te muevas en absoluto, pero abrázame,
 profundo, quedo, profundo dentro de ti, mientras el tiempo se desvanece,
 como este río se desliza detrás de este lecho de nenúfares,
 y los momentos furtivos se diluyen y desaparecen
 en nuestra carne mortal y eterna.

De vuelta en San Francisco, Rexroth modera la famosa reunión de 1955 en la que Allen Ginsberg lee “Howl” por primera vez. Poco después, actúa como testigo de la defensa en el proceso por obscenidad que sigue a esta reunión y confunde al acusador señalando simplemente, que lo único que Ginsberg hacía era continuar con la venerable tradición de los profetas de la Biblia que denunciaban las iniquidades de la sociedad. Esto se podría decir igualmente sobre “Thou Shalt Not Kill” (“Y el quinto: No matarás”) de Rexroth, una amarga diatriba escrita contra el sistema escrita un par de años antes de “Howl” con motivo de la muerte de Dylan Thomas. Este poema, en cierto modo, se parece y probablemente influyó en el de Ginsberg:

Tú estas matando a los jóvenes. (...)
 Tú,
 la hiena de rostro acicalado y pajarita,
 en la oficina de una multimillonaria
 entidad dedicada al bien público;
 Tú,
 el buitre rezumando carroña,
 descuidadamente bien vestido en tweeds de importación,
 que da conferencias sobre la Era de la abundancia;
 Tú,
 el chacal de gabardina cruzada,
 aullando por control remoto
 en las Naciones Unidas.

Junto a estos tres temas principales —erotismo, misticismo y revolución—, se encuentran epigramas satíricos como éste, en el que Rexroth fustiga a la cocina inglesa.

Cómo se puede escribir o pintar
 en un país donde
 sería más agradable
 alimentarse por vía intravenosa.

También escribió elegías. La siguiente muestra está tomada de una en memoria de su

primera mujer, Andrée.

Yo sé que la primavera es, de nuevo, espléndida,
 como siempre, el tordo que se esconde
 con su dulce música y el sol, tan vital.
 Pero estos son los caminos que recorrimos juntos,
 estos senderos, diez años juntos.
 Pensábamos que los años durarían siempre,
 se han ido todos, y también los días
 que creíamos que nunca nos llegarían, están aquí ya.

Algunas escenas familiares como la descrita en el siguiente poema pueden parecer extrañas a la gente de nuestra época, que es cada vez menos culta. En ella Rexroth está pescando mientras una de sus hijas, sentada a su lado, lee a Homero.

María tiene siete años. Homero
 es su autor favorito.
 (...) Me dice: “¿No son estos dioses
 terribles? Lo único que hacen es
 luchar como esos ángeles de Milton
 y jugar malas pasadas a esos pobres griegos
 y troyanos. Los que más me gustan
 son Ajax y Odiseo. Los dos son
 mucho mejores que esos estúpidos
 dioses.”

Rexroth cultivó además una gran variedad de géneros, demasiado numerosa para ser reflejada aquí: letras para composiciones musicales (tonadas populares, melodías isabelinas, Erik Satie, Duke Ellington, Ornette Coleman); meditaciones budistas en Japón, recitados al compás del koto y shakuhachi; poemas femeninos místico-eróticos que decía haber traducido de una jovencita japonesa; rimas infantiles surrealistas y un bestiario subversivo para sus hijos; evocaciones cómicas, eróticas y nostálgicas; elegías a la memoria de revoluciones reprimidas; cartas abiertas y traducciones del griego, latín, francés, español, italiano, chino y japonés (incluidos varios volúmenes de poetisas orientales).

Lo que a mí me parece una característica especial de la poesía de Rexroth es la manera en la que él relaciona los temas más dispares e incongruentes en apariencia. A pesar de estar inmerso en la naturaleza, siempre permanece al tanto del mundo de los humanos, y esa yuxtaposición que hace de las dos esferas recorta a la vez la naturaleza sentimentalizada y la pequeñez civilizada en sus poemas. Cuando está observando las constelaciones, se imagina la guerra civil española (“Réquiem por los españoles muertos”) y cuando está escalando las montañas, rememora a Sacco y Vanzetti. Las relaciones eróticas se entretajan con evocaciones de elegantes relaciones matemáticas que ordenan el universo. Los ensueños elegíacos saltan de la poesía a la historia, de la naturaleza a la sociedad, como ocurre en este poema titulado “22 de agosto de 1939” (fecha del aniversario de la ejecución de Sacco y Vanzetti).

La poesía ha cambiado poco en el curso de los siglos,
 los temas siguen siendo los mismos.
 “Por amor de Dios, despójate de tus vestidos y
 métete en la cama,
 no vamos a vivir eternamente”.
 “Los pétalos se caen de la rosa”,

también nosotros nos caemos de la vida,
 los valores caen de la historia igual que los hombres bajo las bombas.
 Sólo una mínima parte sobrevive,
 sólo un logro desconocido,
 que podrá ser grabado sobre las lápidas
 de todos los campos de batalla:
 “Pobre diablo, nunca se enteró de nada”.
 Dentro de mil años,
 hombres con gafas vendrán con sus palas,
 y darán conferencias en las universidades sobre los progresos
 y los atrasos culturales.
 (...)

 Este año hemos hecho cuatro grandes ascensos,
 hemos acampado durante dos semanas en lo alto de la montaña,
 hemos observado cómo Marte se aproximaba a la tierra,
 y cómo se extendía la aurora tenebrosa de la guerra
 sobre el cielo de una civilización decadente.
 Estos son los últimos años terribles de la autoridad.
 La enfermedad ha alcanzado un punto crítico.
 Diez mil años de poder,
 el combate entre dos leyes:
 el reino del hierro y la sangre derramada,
 contra la persistente solidaridad de la sangre y el cerebro
 que aún están vivos.

Me atrevo a citar esta parte, algo extensa, de un poema típico de Rexroth, para que el lector conozca el tono y el discurrir de su poesía; pero es difícil, sin llegar a citar páginas enteras, mostrar su amplia variedad de temas y la forma compleja en que los entremezcla. Podemos observar estas conexiones en los “ensueños filosóficos”, reunidos en su *Collected Longer Poems*. El más largo e interesante, “El Dragón y el Unicornio”, cuenta un viaje que hizo por Europa en 1949. En este poema, la narración cronológica de sus viajes y encuentros se entremezcla con agudos comentarios culturales y políticos, así como con párrafos más abstractos, filosóficos o místicos. Éstos actúan como contrapunto de la narración; unas veces son independientes y dan la impresión de que no guardan ninguna relación con ella; otras, parecen comentarios a lo dicho (por ejemplo, la descripción de una reunión de gente bohemia puede ir seguida de un pequeño discurso sobre el problema de la soledad en un mundo cosificado). En otros casos, el contraste con lo dicho anteriormente es evidente. Por ejemplo, la denuncia de algún hecho social reprobable va acompañada de una visión idílica de la comunidad universal. Rexroth sugiere que no nos tomemos estos párrafos al pie de la letra. Según él, son parte de su propio diálogo interno, y a menudo aparecen yuxtapuestos con puntos de vista complementarios u opuestos. En un momento dado de la narración afirma: “Lo único absoluto es la comunidad del amor que anula el tiempo”, pero en otro lugar dice algo distinto: “Lo absoluto como comunidad de amor (...), no estoy muy seguro de creer en ello, pero me parece que es una metáfora metafísica mucho más saludable que las demás.”

En mi opinión, los ensueños filosóficos de Rexroth son mucho más interesantes que las obras equivalentes de T.S. Eliot y Ezra Pound, dos poetas que detestaba ardientemente y cuya influencia combatió durante toda su vida. Se podría decir que son poetas más “grandes” que Rexroth (aunque esto sería discutible), pero Rexroth es sin duda mucho más sensato y perspicaz que cualquiera de ellos. No tiene la pedantería de Eliot, ni su afectación neurótica, e incluso en sus momentos de mayor irritación es mucho menos excéntrico, obsesivo y autoindulgente que Pound. Se pueden tomar en serio sus reflexiones sin tener que estar relacionándolas con alguna absurda ideología reaccionaria, como en el caso del fascismo de Pound o del monarquismo de Eliot.

Durante el reinado de Eliot, Rexroth opinaba que la mayor parte de la poesía americana era “material académico aburrido, hecho por gente mezquina que mantiene una vida académica aburrida y mezquina. En los círculos ‘selectos’, siempre se ha considerado completamente fuera de lugar escribir sobre temas tan vulgares como el amor, la muerte y la naturaleza, precisamente sobre esas cosas tan reales que le ocurren a la gente real”. En contra de este modo de hacer, Rexroth insistía siempre en buscar lo relevante de los hechos, en ponerlos bajo su justa perspectiva. En un artículo sobre la poesía-jazz, observa que, a pesar de su apariencia innovadora, lo que hace simplemente es “devolver la poesía a la música y al divertimento del público, tal como era en la época de Homero o en la de los trovadores. Esto fuerza a la poesía a retomar algunos aspectos de la vida que había dejado abandonados en los últimos tiempos”. Cuando Eliot pontifica sobre la necesidad de la “tradicción” y menosprecia a William Blake tachándole de ingenuo excéntrico por haber fabricado su sistema partiendo de cero, Rexroth declara que “la tradición del señor Eliot se remonta a Santo Tomás de Aquino según la visión de *L’Action Française*⁽⁵⁾. La de Blake nos remite a los textos menfitas y a los de las pirámides”. Mientras que los poetas académicos seguían la doctrina pseudoclásica de Eliot, para quien la poesía debía ser “impersonal”, Rexroth estaba escribiendo poemas clásicos en sentido estricto: respuestas maduras y personales a los problemas reales que plantea la vida, todos ellos en la más pura tradición de Safo, Petronio, Hitomaro, Tu Fu y otros poetas clásicos que él mismo ha traducido tan espléndidamente.

Rexroth calificaba a veces sus ensayos de mero “periodismo”, escritos para sobrevivir y poder dedicarse a su ocupación principal, que era la de poeta, pero yo jamás le he tomado en serio en este tema. Él es, por supuesto, uno de mis poetas favoritos, pero como ensayista, considero que su talento es inigualable. No conozco a otros tan vivos, tonificantes y contundentes, y a la vez con un espíritu tan abierto y sano.

Una de sus colecciones se titula “Assays”, con la intención de recordarnos el sentido original de la palabra *ensayo* de Montaigne, como significado de: prueba, examen, experimento, esfuerzo por adherirse a la realidad. Uno de los ensayos de ese volumen está escrito en honor a otro escritor con el que Rexroth guarda muchas semejanzas: “Desde luego, esos desternillantes y burdos libros de viajes de Mark Twain, que le dieron la fama al principio y que tanto escandalizaron a un crítico como Van Wyck Brooks, son bastante certeros. Mark Twain pone continuamente de manifiesto la significación humana de la catedral de San Pedro, de las pirámides o del Panteón”. Esto es precisamente lo que hace Rexroth. Su cultura es más rica y profunda que la de Twain, y su humor es menos rancio. Sin embargo, los dos tienen en común ese entusiasmo, esa ironía que proviene de la experiencia de la vida, la misma concepción realista de las cosas. Rexroth, como Twain, es un escéptico con los pies en la tierra, como él mismo resume en uno de sus ensayos sobre el humor americano:

He aquí las nociones más elementales del gran humor clásico, épico, homérico: una percepción de la incongruencia permanente con la cual opera la naturaleza a pesar de todas nuestras ciencias y filosofías; el reconocimiento de que toda versión oficial de los hechos es, casi con toda probabilidad, falsa y que toda autoridad se basa en el engaño; el valor de enfrentarse a estas dos conclusiones y actuar en consecuencia; admitir ese lado maravillosamente cómico de los procesos de creación y excreción humanos. La aceptación del hecho básico de que nadie ha querido que todo esto fuese así, simplemente ocurrió. (...) La vida no es otra cosa que una gran broma, pero sólo los valientes pueden saborearla.

No me gustaría dar la impresión de que Rexroth era simplemente un diletante, un filósofo populista. La mayor parte de la gente autodidacta suele tener muchas lagunas en sus conocimientos, pero Rexroth parece haber indagado en casi todos los campos del

conocimiento humano de forma sistemática, y en muchos de ellos, de manera profunda. La variedad de sus lecturas es sencillamente asombrosa: obras de historia, libros de cocina, guías sobre la naturaleza, descripciones geológicas, estudios etnológicos, tratados teológicos, debates políticos, la *Enciclopedia Británica* entera... Por no hablar de las reseñas de miles de libros que hizo en su etapa como colaborador de la radio independiente KPFA, actividad secundaria que realizó durante media hora semanal a lo largo de veinte años y sin ningún tipo de remuneración.

Sin embargo, a pesar de haber leído tanto, no se muestra en absoluto pedante. Cuando escribe sobre la ciencia china antigua, o sobre las canciones de los indios americanos, sobre los cuadros de Van Gogh, o sobre “Rimbaud, un aventurero capitalista”, muestra una erudición que ha sido digerida, con las conexiones adecuadas y siempre apoyándose en su propia experiencia. Sus escritos sobre el jazz, por ejemplo, demuestran un sólido conocimiento de sus aspectos más técnicos (establece comparaciones con la música clásica, etc.), pero por encima de todo, Rexroth se centra en los aspectos humanos de la historia del jazz, en sus funciones sociales, en la vida de sus compositores, en las condiciones materiales de su ejecución. A veces rememora los años veinte cuando iba a bailar a los clubes de jazz, o nos cuenta una conversación con Charlie Parker o Charlie Mingus, en la que se desprestigiaba la mística del jazz de los poetas de la generación beat o puede que, en medio de una discusión sobre la relación existente entre la música y los ritmos producidos por el coito, el baile y el trabajo, hiciera el siguiente comentario: “Cualquiera que haya trabajado en el Oeste sabe que no sólo la balada del verdadero cowboy va acompasando el trote del caballo, sino que uno puede también cambiar el paso del caballo cambiando el ritmo de su canción”.

De vez en cuando, especialmente en esos artículos breves que escribía rápidamente y a última hora, se le ocurría alguna idea extravagante o incluso descabellada. Pero a mi parecer, sus opiniones suelen estar bien fundadas. Puede que uno no esté de acuerdo con ellas (en muchos casos es simplemente una cuestión de gusto personal), pero lo que dicen es casi siempre sanamente provocativo. Cuando critica la superficialidad de las sátiras de Ionesco dice: “Es un arte satírico que ataca sólo a perros muertos (...) y deja a los espectadores con un sentimiento reconfortante de agradable superioridad”. En cambio, Rexroth es muy capaz de arruinar las ilusiones del lector, dejándole con la sensación de lo mucho que aún le queda por aprender.

Él decía que intentaba escribir tal como hablaba y, efectivamente, así lo hizo. Su autobiografía y muchos de sus ensayos no son “escritos” en sentido estricto, sino improvisaciones grabadas y transcritas más tarde con muy pocas correcciones. A menudo parece que se desvía del tema, o que va saltando de uno a otro de forma espontánea, pero cuando acaba, uno se da cuenta de que ha llegado de un modo infalible al fondo del asunto. En su ensayo sobre Marco Aurelio, nos quiere hacer ver cómo la filosofía ha ido decayendo desde la época en la que tocaba los verdaderos problemas de la vida. Esto nos lo muestra con una sencilla imagen simpática e imborrable: “Un estudiante acaba de perder a su madre, o se entera de que su amiga está embarazada, o bien descubre que tiene una enfermedad que repugna, o simplemente decide hacerse objetor, ¿creéis que acudiría a su profesor de filosofía en busca de consejo?”. Rexroth va siempre a lo esencial de las cosas. Lo fundamental de sus ideas puede ser generalmente comprendido en una primera lectura, incluso si los libros, las ideas y los hechos a los que se refiere no son conocidos por el lector. Siempre hay en su trabajo mucho material al que se le puede “hincar el diente”, muchas alusiones interesantes que pueden ser exploradas. Yo he leído algunos de sus ensayos tantas veces que casi me los sé de memoria y sin embargo, cada vez que los leo descubro algo nuevo que no había percibido antes. Incluso cuando el tema no me interesa demasiado, encuentro difícil despegarme de sus páginas. No es sólo que su estilo sea atrayente, lo que ocurre es que la profundidad de su punto de vista coloca cualquier tema

del que trate dentro de una perspectiva nueva.

Su estilo es, ciertamente, seductor, siempre reconocible dentro de la variedad de sus temas. Puede ser libre y ligero (“una gran parte de Mozart suena como un niño del campo silbando alegremente cuando se dirige al río”), o tan duro como Hammett o Chandler, cuyo trabajo describe como : “El secreto de este género de escritura es que no intenta comprar ni vender nada.” Con una sola frase puede evocar el mundo judío de Isaac Singer (“Recuerdo a veces esas discusiones apasionadas que solían bañar nuestros bigotes de crema agria...”), o hacer un resumen lapidario del estilo cínico y mordaz de Tácito (“un estilo que parece una bandeja del instrumental de un dentista”). Pero Rexroth sabe que “el estilo no es simplemente una cuestión de estilo, sino un signo externo, la apariencia que presenta un estado espiritual interno”. Cuando habla sobre la versificación de un poeta, no lo hace por puro academicismo, sino para mostrarnos cómo estos versos reflejan un modo de ver las cosas, una actitud ante la vida. En la métrica de Denise Levertov, por ejemplo, encontramos una “clase de gracia animal en las palabras, un ritmo parecido al andar de un gato o al batir de alas de una paloma. Es la vivacidad intensa de un amor conyugal atento — la unión de la forma y el contenido en poemas que celebran ellos mismos un tipo de matrimonio perpetuo de dos seres que se realizan como dos sensibilidades responsables”. No hay que ir muy lejos en las reflexiones estéticas de Rexroth para que aparezca alguna consecuencia práctica de carácter social, moral o psicológico. En relación a las novelas de Defoe dice: “La parte interna de los personajes de sus novelas se ve con claridad en la elaborada imagen que presentan. Cuando hablan de sus motivaciones, de su psicología o de su moral, cuando se autoanalizan o justifican su propia conducta, debemos interpretarlo al revés, como por supuesto ocurre con la mayoría de la gente”.

Como demolidor de las estupideces de la cultura de masas, Rexroth puede ser tan entretenido como H.L. Mencken⁽⁶⁾:

Estas cosas [literatura proletaria maoísta] son ridículas y parecen historias sacadas de una escuela dominical del siglo XIX en las que un muchacho romano ayudaba a su hermana a escapar de los leones, desafiaba a las legiones del emperador, hacía los recados de San Pablo y al final iba al cielo.

Y puede ser también tan mordaz como él:

La televisión está concebida para despertar los impulsos más sádicos, los más perversos y los más codiciosos. Un programa infantil nos da una visión auténtica de lo que es el infierno, pero estamos tan acostumbrados a ver cosas así que, simplemente, ni nos fijamos. Si algunas personas que han tenido verdaderas visiones del infierno, como Virgilio, Dante u Homero, pudieran ver estos programas se quedarían horrorizadas.

De hecho, en sus momentos álgidos de malhumor, Rexroth se asemeja a Mencken, aunque es más profundo y radical. Pero mientras éste se deleita en atacar casi todo de forma indiscriminada y por mero placer, Rexroth hace una crítica constructiva, siempre dentro de un contexto. A pesar de que a veces pueda ser una persona airada o pesimista, hay una gran distancia entre él y ese moderno cinismo fácil, que ha perdido contacto con cualquier realización humana, y al que no le queda sino una relación de dependencia de amor y odio con las más delirantes muestras de alienación cultural. Él siempre se refiere a la vida real que subyace bajo la fachada del sistema inhumano:

Todos los Estados hacen cosas cada día que, si estuvieran hechas por simples individuos, éstos serían detenidos o incluso hasta ejecutados (...) La mayoría de la gente, excepto los políticos y los escritores, desarrolla en secreto, para y

por sí mismos, formas de vivir que no tienen en cuenta, en la medida de lo posible, la sociedad organizada (...) Eso que se llama “madurar”, “tener sentido común” es, para una gran parte de personas, el aprendizaje de técnicas para burlar al máximo las fuerzas más destructivas del sistema social. El hombre maduro vive de forma tranquila, hace el bien discretamente, asume de forma personal la responsabilidad de sus acciones, se comporta con amabilidad y cortesía y evita hacer daño a los demás, algo que, por otra parte, encuentra aburrido. Sin esta oculta conspiración de buena voluntad la sociedad no duraría ni una hora.

Sea verdad o no que la mayoría de la gente actúe de esta manera, lo cierto es que Rexroth nos está hablando de su propia ética. Ha rodado lo suficiente como para ver lo que hay detrás de la “Mentira Social” o, dicho de otra manera, el “Gran Engaño”, para saber que “toda versión oficial de los hechos es, casi con toda probabilidad, falsa y que toda autoridad se basa en el engaño”. “Un gran número de norteamericanos cree realmente el Gran Engaño de la cultura de masas, eso que los franceses llaman *alucinación publicitaria*. Sólo saben lo que leen en los periódicos. Piensan que la vida es como en las películas (...) El arte de ser una persona civilizada es el arte de aprender a leer entre las mentiras”.

Esta es una de sus ideas básicas. Aquellas personas capaces de leer entre las mentiras son, al menos en este punto, sus aliados, a pesar de que puedan tener otros defectos. “Hay mucha paja en Lawrence, Miller o Patchen⁽⁷⁾, pero sus enemigos son también mis enemigos”. Se mofa de Henry Miller cuando éste se las da de pensador profundo o visionario, pero le aprecia como un pícaro escritor autobiográfico dotado de un instinto inmune a la mentira social:

¿Recuerdas cuando empezaste a leer? Sin duda pensabas que algún día encontrarías la verdad en los libros, las respuestas a los interrogantes sobre la vida que ibas descubriendo a tu alrededor. Pero nunca encontraste lo que esperabas. Si hubieras estado despierto te habrías dado cuenta de que los libros no son más que convenciones, y son tan poco parecidos a la vida como una partida de ajedrez. La palabra escrita es un tamiz. Sólo la parte de realidad que se ajusta a su trama es capaz de pasar por ella y, en la mayoría de los casos, lo que pasa es insuficiente. (...) La verdadera dificultad de la comunicación proviene de las convenciones sociales, de una amplia conspiración que coincide en aceptar el mundo como algo que en absoluto se corresponde con la realidad. (...)

La literatura es un mecanismo de defensa social. Acuérdate otra vez cuando eras niño. Creías seguramente que al crecer encontrarías un mundo de verdaderos adultos, esa clase de personas que hacen que funcionen las cosas, y también que entenderías cómo y por qué funcionan. (...) En cambio, a medida que han ido pasando los años, te habrás dado cuenta, por tus experiencias más o menos afortunadas, de que ese tipo de personas ni existen, ni han existido jamás en ningún lugar. La vida no es más que un enredo, los adultos no son sino niños grandes que han perdido viveza y han ganado estupidez y resentimiento, y ninguno sabe qué es lo que hace seguir adelante todo esto. *Pero nadie te descubre el pastel.*

Henry Miller lo hace. Andersen nos cuenta la historia del niño y el traje nuevo del Emperador. Miller es el mismo niño del cuento. Nos habla del Emperador, de los granos de su culo, de las verrugas de sus partes pudendas y de la porquería que tiene entre los dedos de los pies. Naturalmente, otros escritores del pasado han hecho lo mismo, y son los grandes de la literatura, los verdaderos clásicos. Pero lo han hecho dentro de las convenciones de la literatura. Se han servido de las formas de la Gran Mentira para exponer la

verdad.

Yo nunca he leído nada parecido escrito por otro crítico literario. Rexroth es más erudito que Miller y sus juicios están más fundamentados, pero tiene la misma mirada inocente, la misma falta de reverencia por la “Literatura-con-mayúscula”, bien sea cuando escribe reseñas de escritores modernos o bien cuando revisa obras fundamentales del pasado.

La mayor parte de sus ensayos sobre estas últimas están recogidos en sus dos volúmenes con el título *Recordando a los clásicos*. Esta selección es ciertamente mucho más interesante que cualquier lista del tipo “Las cien mejores obras de la literatura universal”. Por mencionar alguna diferencia significativa diré que tales listas suelen limitarse a obras de Occidente, un provincianismo que es ridículo en estos tiempos. Rexroth analiza la mayor parte de los clásicos consagrados, pero nos presenta también otros igualmente interesantes, entre los que incluye obras orientales como el *Mahabharata*, el *Tao Te Ching*, y ésas que él considera las mejores novelas nunca escritas: *El romance de Genji* de Lady Murasaki y *El sueño del pabellón rojo* de Cao Xueqin.

La epopeya mesopotámica de Gilgamesh (“la primera obra que muestra la conciencia del ser”), *La Historia* de Herodoto, el *Bhagavad-Gita*, el *Kalevala* (“la epopeya más ecológica”), la poesía de Tu Fu, los ensayos de Montaigne (“el creador del yo empírico”), *Don Quijote*, *La tempestad*, las *Memorias* de Casanova (“el hombre natural viviendo al límite de sus posibilidades”), *Rojo y Negro* de Stendhal (“la primera comedia negra”), *Guerra y Paz* y *Huckleberry Finn* son simplemente algunos de esos otros “textos básicos de la historia de la imaginación” cuya relevancia destaca en sus cortos pero jugosos ensayos. Bien se trate de literatura oriental u occidental, antigua o moderna, Rexroth encuentra el medio de establecer amplias conexiones o analogías a través de distintos periodos históricos o culturales. Por ejemplo: “La sensibilidad de Cátulo encuentra su eco en las canciones de Bob Dylan”. Los personajes de *La Saga de Njal* “son adultos de un modo que es desconocido para el Agamenón de Homero y el Swan de Proust”. “La mayor parte de las baladas inglesas podrían convertirse en obras de teatro Nô y viceversa”. Baudelaire, de quien podríamos pensar que está en las antípodas del budismo, llega a una visión “no muy diferente al budismo en su forma más austera”.

Parte del interés de estos trabajos reside, precisamente, en su contraste con el presente, en su revelación de cómo pensaba y vivía la gente en otras épocas y otros lugares. Pero Rexroth nos señala siempre ese tipo de cosas que permanecen inalterables pese a las diferencias: “*En la carretera* de Kerouac difiere en extremo de *El Satiricón* por su falta de penetración, ironía y técnica literaria, pero sus personajes están sacados de la misma e invariable clase de seres”. *Las relaciones peligrosas* de Laclos “nos presenta un mundo que es semejante al de las estrellas cinematográficas o los personajes de nuestro tiempo (...) Es la descripción de un mundo que ya conocemos.”

Algunos escritores ya anticiparon el mundo que nos íbamos a encontrar. William Blake, por ejemplo, “pudo diagnosticar los primeros síntomas de un mundo enfermo al apreciar cómo el hombre estaba siendo despojado de una mitad de su ser.(...) Su obra nos muestra la preocupación por la tragedia de la Humanidad, que está entrando en una época de despersonalización sin precedentes en la historia.” Baudelaire es “el fundador de la sensibilidad moderna.(...) Algunos aprenden a sobrellevarla. Él estuvo a su merced pues estaba imbuido de ella hasta la médula. Vivió en una permanente crisis del sistema nervioso moral. La convicción de que el sistema de relaciones sociales era una gran mentira estaba fisiológicamente arraigada en él.”

En otros escritores puede que no encontremos conexiones directas con el presente, pero sí podemos apreciar destacados paralelismos: “Durante la larga guerra con Esparta la vida

ateniense se volvió bastante neurótica. Una nueva clase de enfermedad había nacido en la relación entre las personas. Los órganos de reciprocidad habían sido mutilados. Las palabras utilizadas normalmente en las relaciones humanas habían perdido su significado original pasando a significar lo opuesto. Tucídides describe detalladamente esta perversión del significado en la comunicación en uno de sus más brillantes párrafos, un diagnóstico de la interiorización de la locura de la guerra que suena como una descripción de la Norteamérica contemporánea”.

Por otra parte, la obra de Whitman *Hojas de hierba*, que es en apariencia una celebración de la Norteamérica de su época, nos da en realidad una visión de “un orden social cuyo fin último es la emancipación y la comunión del individuo con el universo.” Los personajes de Whitman “parecen estar todos trabajando para ‘nada’, por el placer de participar en ese esfuerzo creador universal en el cual cada uno descubre su individualidad última.(...) Hoy sabemos que será la visión de Whitman o no será nada”.

El hecho de que unas obras representen una coyuntura crítica del pasado o que imaginen un posible devenir no varía el criterio fundamental de Rexroth, que es el de que permanezcan fieles a la invariable realidad humana. Lo importante para él sigue siendo si estas obras “descubren el pastel”. Al reseñar algunas traducciones nuevas de las tragedias griegas nos hace el siguiente comentario:

Se dice que nuestra civilización se basa en la Biblia, en Homero y en las tragedias griegas. En mi opinión, la Biblia es un libro peligroso porque generalmente se presta a interpretaciones que dan a la vida unas seguridades ilusorias que la propia vida jamás podría ofrecer. En estas tragedias, igual que en las obras de Homero, la vida aparece tal como es en realidad, los hombres actúan como somos nosotros, exactamente igual que cuando maltratamos a nuestras mujeres, engañamos al tendero, planeamos sociedades perfectas, nos presentamos como candidatos para un puesto político o escribimos poemas; solamente que sus figuras aparecen proyectadas contra el vacío y el esplendor del cielo y de esta manera parecen más nobles. Quitadles el ropaje y las palabras grandilocuentes y veréis que se trata del mismo orgullo, y que el mismo destino funesto que ronda a Orestes acecha a cualquier ama de casa, a cualquier contable o a cualquier vendedor de automóviles. ¡Cuánto mejores y más dichosos seríamos si todos supiésemos esto! Ahora tenemos una ocasión de aprender.

[NOTAS]

1. Industrial Workers of the World. (Organización anarcosindicalista).
2. Una edición posterior continúa hasta 1949.
3. W.C.Fields (1879-1946). Famoso actor de comedia norteamericano.
4. Gary Snyder (nacido en 1930). Poeta norteamericano, anarco-ecologista y budista zen. Es el personaje principal de *Los vagabundos del Dharma* de Jack Kerouac, donde aparece junto a Philip Whalen y Allen Ginsberg. En este libro también aparece brevemente Kenneth Rexroth.

5. *L'Action Française*. Revista fascista fundada en 1899 y alabada por Eliot.
 6. H.L. Mencken (1880-1956). Periodista y crítico norteamericano.
 7. Kenneth Patchen (1911-1972). Poeta norteamericano.
-

Fin del capítulo 1 de “Erotismo, Misticismo y Revolución” de Ken Knabb, traducción de Esther Quintana revisada por Ken Knabb. Versión original: [The Relevance of Rexroth](#) (1990).

No copyright.

[\[Capítulo 2 : Magnanimidad y Misticismo\]](#)

[\[Capítulo 3 : Sociedad y Revolución\]](#)

[\[Otros textos en español\]](#)

[\[REXROTH ARCHIVE\]](#)

[\[Home\]](#) [\[Public Secrets\]](#) [\[Situationist International\]](#) [\[Index\]](#) [\[Search\]](#)

Bureau of Public Secrets, PO Box 1044, Berkeley CA 94701, USA
www.bopsecrets.org knabb@bopsecrets.org

BUREAU OF PUBLIC SECRETS

Erotismo, Misticismo y Revolución

(Un estudio crítico sobre Kenneth Rexroth)

2. Magnanimidad y Misticismo

Hofuku (señalando hacia las montañas): “¿No es eso la Realidad?”

Chokey: “Sí, lo es, pero es una pena tener que decirlo”.

(R.H. Blyth, *Zen in English Literature and Oriental Classics*.)

Si tuviera que escoger un único texto para mostrar qué es lo que me gusta de Rexroth, escogería probablemente su ensayo sobre la novela clásica china. En el párrafo que sigue, Rexroth nos describe las virtudes que caracterizan a estos extensos y maravillosos libros:

¿Cuáles son estas virtudes? La primera, un absoluto dominio de la técnica narrativa. La segunda, su humanidad. En tercer lugar y como una síntesis de las dos anteriores, todo un grupo de cualidades que deberían resumirse en una sola: discreción, humildad artística, madurez, objetividad, compasión, la habilidad de revelar el macrocosmos a través del microcosmos, el universo moral en el acto físico, la profundidad de la visión psicológica en los hechos más nimios, todo ello sin mencionar en absoluto las “grandes cuestiones”. Esto es una cualidad del estilo. Es la cualidad fundamental del mejor estilo. Tiene un nombre, aunque no es un término que consideremos propio de la crítica literaria. Esta palabra es magnanimidad. Su antónimo, diría yo, es complacencia con uno mismo.

Rexroth se lamenta de la autocomplacencia, que es apreciable, de una u otra forma, en casi todos los escritores del siglo XX, desde Proust y Henry James hasta Kerouac y los que le siguen. Sólo hace una importante excepción con *Parade's End*⁽⁸⁾ de Ford Madox Ford, la única “gran novela completamente adulta de mi época”:

Ford no precisó su tesis, probablemente ni sabía que tenía una en el sentido estricto de la palabra. Sus personajes no filosofan sobre nada. No figonea en sus cabezas con términos psicológicos. No nos muestra el fluir de sus conciencias. Todo ocurre como en la vida misma y al lector le deja simplemente con los hechos — brutales, estúpidos o maravillosos, como sean.

¡Qué fácil es ser artista y qué difícil es ser maduro!

Las variaciones sobre este tema son algo recurrente en la obra de Rexroth. Sobre el gran teatro nos dice: “Debe contener profundidad moral y psicológica, pero ésta sólo podrá ser descubierta por aquellos espectadores que ya la posean en sí mismos. Estas cualidades no deben hacerse explícitas pues arruinarían el hecho dramático”. Asimismo, comparte la opinión de Ford, según la cual Dostoievsky “demostró un terrible mal gusto al hacer que sus personajes discutieran la profundidad de la novela en la cual ellos tomaban parte”. “Las almas atormentadas de sus novelas no son seres maduros. Hablan interminablemente sobre todo eso que las personas maduras saben que es mejor mantener en silencio. El drama deja de impresionar al lector cuando se presenta de manera tan locuaz e incluso acaba dejando de ser creíble”. Rexroth tiene una predilección especial por esos escritores que personifican una sabiduría tranquila, modesta y natural, como por ejemplo, el biógrafo y pescador Izaak Walton, el naturalista amateur Gilbert White o el cuáquero antiesclavista John Woolman, mientras que detesta la vanidad de algunos artistas que glorifican su supuesta misión en este mundo:

Miguel Angel fue sin duda
un hombre ruidoso y terriblemente
soberbio. Después de todo, nunca
le ocurrió nada que
no le ocurriera a cualquiera de nosotros.
Si tenéis alguna tragedia para
representar, deberíais hacerlo
con humildad, pues estáis sirviendo
el pan de la comunión.

En su ensayo sobre las obras de Julio Cesar nos dice: “Magistralmente oculto en *La Guerra de las Galias* y en *La Guerra civil* se encuentra un filósofo de las relaciones humanas que sólo una persona madura podría comprender o incluso reconocer. El arte de disimular así es, por supuesto, una demostración de madurez”. Lo mismo se podría decir de las obras del propio Rexroth. Debido al propósito de este libro, yo no puedo sino citar sus palabras más destacadas en referencia a lo que ahora comento. Sin embargo, si el lector repasara toda su obra, vería que Rexroth habla de las “grandes cuestiones” con mucho tacto y que, a menudo, las deja implícitas para que sean leídas entre líneas.

Si, por el contrario, ha revelado en alguna ocasión su propia filosofía de vida y nos ha resumido sus puntos centrales en una sola palabra, ha sido en su ensayo sobre la novela china citado anteriormente, que continúa así:

Durante la segunda guerra mundial conocí a un cuáquero anciano y de pequeña estatura de una granja de Indiana, que viajaba por cuenta propia por todo el país. En las reuniones dominicales se levantaba y tomaba la palabra para leernos la definición de magnanimidad que da el diccionario Webster's. Decía que había venido “con este texto porque nos podría ser de gran utilidad”. Ésta es la definición:

“**Magnanimidad**, n; (F. *Magnanimité*, L. *Magnanimitas*.) 1. Grandeza del alma; nobleza de sentimientos; clemencia; generosidad; la cualidad o combinación de cualidades del carácter que permite a la persona enfrentarse al peligro y a los problemas con tranquilidad y firmeza, rechazar la injusticia, la mezquindad y la venganza y actuar de manera sacrificada por causas nobles. 2. Un hecho o una disposición caracterizada por lo magnánimo. 3. Temperamento grandioso; singularidad del alma.”

Después de recitarnos todo esto, el anciano cuáquero se sentaba y volvía a

aparecer la semana siguiente en otra reunión. Estas palabras significaron una gran ayuda para mí en aquellos horribles años, mucho más que cualquier otro consejo que me hubiesen podido brindar.

Ningún artista de primera fila se convertiría en víctima de sus propias creaciones. Sólo esta clase especial de nobleza garantiza la independencia de los verdaderos creadores. Homero la tiene, pero Dante no. Es un tipo de valor, como el de las famosas palabras de Samuel Johnson: “La valentía, señor, es la primera de las virtudes porque sin ella es muy difícil, a veces, ejercer las otras.”

Es la valentía para sobrellevar la inevitable “destrucción de todo lo bueno”, para enfrentarse al hecho de que “el amor no dura eternamente, que los amigos se traicionan entre sí, que la belleza se marchita, que los poderosos resbalan en sangre y que sus ciudades se queman”. Rexroth coincide con el “mensaje” de Homero y lo resume con sus propias palabras al decir que el universo no tiene sentido por sí mismo, todo es efímero, los únicos valores son aquellos que la gente crea en sus relaciones con los demás: “Lo único que perdura, lo que da valor a la vida es la camaradería, la lealtad, la valentía, la magnanimidad, el amor, las relaciones humanas con una comunicación directa. Es de aquí, y no de ninguna otra parte, de donde surge la belleza de la vida, su tragedia y su sentido.”

Esto puede sonar muy “existencial”, pero nada le es más ajeno a Rexroth que lo que él llama el “angst por el angst”, algo que él califica como una “metafísica apropiada para conejos paralizados”. “El supuesto dilema existencial no me dice nada en absoluto. Su inventor Soren Kierkegaard siempre me ha parecido un hombre enfermo que se comportaba horriblemente con su novia, un hombre ‘necesitado de terapia urgente’, como dirían los psiquiatras. (...) Personalmente, yo no veo mi existencia como un enfrentamiento espantoso y continuo con la realidad. Ésta me agrada.”

Si Rexroth evoca en algunos momentos “el sentido trágico de la vida”, en otros nos revela una conciencia más mística. Estas dos actitudes podrían parecer en principio contradictorias, sin embargo él las considera como perspectivas complementarias e igualmente válidas. Algunas veces las contrasta, como sucede en la dialéctica de sus ensueños filosóficos. Otras veces las combina, como en las obras de teatro que tratan temas de las tragedias griegas, pero que, al igual que en las obras japonesas de teatro Nô, culminan en una solución trascendente de enredo del karma en lugar de acabar con el típico desenlace dramático.

Rexroth califica su punto de vista como un “anarquismo religioso” o un “misticismo ético” y, en lugar de entrar en detalles, nos remite a algunas de sus principales influencias: “Para una mayor claridad se puede acudir a las obras de Martin Buber, Albert Schweitzer, D.H. Lawrence, Boehme, D.T. Suzuki⁽⁹⁾, Piotr Kropotkin, o incluso a los Evangelios y a las palabras de Buda, Lao Tze y Chuang Tze.” Esta lista puede parecer muy ecléctica, pero nos da una idea de los diferentes aspectos de su filosofía “religiosa” que, por otra parte, podría ser resumida en unas líneas:

Lo que en la contemplación
se absorbe, en el amor
se dispensa.

En su autobiografía Rexroth nos cuenta una experiencia que tuvo a los cuatro o cinco años, cuando, a principios de verano, estaba sentado en la acera delante de su casa:

Una conciencia, no un sentimiento, de dicha completa más allá del tiempo y del espacio se adueñaba de mí o era yo quien me adueñaba de ella. No quiero

usar términos como “me extasiaba” o “estaba transportado, transido”, o cualquier otro que implique que estaba siendo poseído por alguna fuerza externa o algo anormal. Al contrario, parecía que éste fuera el modo natural en que transcurría mi vida, y que esa repentina y aguda conciencia de ello era simplemente una cuestión de atención en un momento determinado.

Cuando estas experiencias “místicas” son más profundas y duraderas, suelen ir asociadas a la meditación y a la disciplina espiritual; pero Rexroth nos da a entender que todos pasamos por estos mismos estados de conciencia en algún momento, a pesar de que apenas nos demos cuenta de ello y sean facilísimos de olvidar una vez que nos volvemos a meter en la vorágine de cada día.

La paz que proviene del hábito de la contemplación (...) no es ni rara ni difícil de encontrar. Se ofrece a cada persona en ciertos momentos desde temprana edad, aunque surge cada vez menos en caso de no haber sido bien recibida. Puede ser alcanzada, entrenada y cultivada hasta que se convierta en un hábito constante que forme la base de nuestra rutina diaria. Sin ella la vida es solamente agitación, en la que todo sentido y hasta toda intensidad de sentimiento acaban por extinguirse entre el tedio y el desorden.

“En el corazón de la vida”, dice en su ensayo sobre el *Tao Te Ching*, “hay una minúscula y permanente llama de contemplación”. Incluso sin saber nada de ella, la gente vuelve instintivamente a este “centro de calma”. Siempre está ahí, aún en medio de las situaciones más turbulentas; pero algunas circunstancias le son especialmente favorables.

Quiquiera que haya escrito los breves salmos del *Tao Te Ching* sabía que la contemplación de la corriente de agua es una de las formas más elevadas de oración. (...) En realidad muchos deportes son también formas de contemplación, por ejemplo y muy en especial, pescar en aguas tranquilas. Muchos hombres a los que una vulgarización del budismo zen haría reír, y que seguramente lo encontrarían del todo incomprensible, practican la vida contemplativa a la orilla del río, caña de pescar en mano, al menos algunos días al año. Igual que los grandes místicos, ellos también sienten que la iluminación de esos pocos días es lo que da sentido al resto de su vida.

Los poemas que Rexroth ha dedicado a la naturaleza están llenos de esta clase de experiencias. En éste que sigue, él está tendido bajo las estrellas:

Mi cuerpo está dormido. Sólo
 mis ojos y mi cerebro están despiertos.
 Las estrellas permanecen quietas a mi alrededor
 como ojos de oro. Yo no sabría
 decir dónde comienza mi ser o dónde acaba.
 La suave brisa en los oscuros pinos
 y en la hierba invisible,
 la Tierra que se inclina, las estrellas esparcidas
 tienen un ojo que se ve a sí mismo.

A veces, como es el caso anterior, las experiencias están descritas de una forma más o menos explícita. Pero la mayoría de ellas sólo se dejan entrever:

Cuando arrastro el tronco podrido
 desde el fondo del estanque,
 lo siento pesado como una piedra.

Lo dejo tendido al sol
durante un mes; y luego lo desmenuzo
en trozos, que voy separando
para hacer astillas, y los extiendo
para que se sequen más...

Esa misma noche, cuando más tarde sale de su cabaña a mirar las estrellas...

De repente vi bajo mis pies,
extendidos en el suelo de la noche, lingotes
de una fosforescencia parpadeante,
y todo alrededor estaba cubierto de chispas
de una luz fría, pálida y viva.

Sin duda ésta fue la secuencia real de los hechos, pero al mismo tiempo parecen sugerir un estado interior y una iluminación que fueron paralelos a ellos; esta forma alusiva de decirlo se corresponde mejor con el proceso del “desprendimiento del yo” que si hubiera dicho “he tenido tales y tales experiencias”. Como ocurre en muchos de los grandes poemas chinos y japoneses, un estado de espíritu puede ser mostrado a través de la claridad de lo que, en principio, no es sino una simple escena objetiva y natural. El paisaje exterior se corresponde con el paisaje interior, el macrocosmos con el microcosmos.

Con un estilo que recuerda a Whitman, nuestro autor evoca las más amplias imágenes y relaciones:

El inmenso fenómeno sideral
del alba converge en la garceta,
reverbera y converge en mí,
y sigue su camino infinito irradiando
hasta tocar el último polvo galáctico. (...)
Mi mujer ha estado nadando en el rompeolas,
viene hacia mí por la playa, desnuda,
centelleante de agua, cantando alto y claro
contra las olas batientes. El sol atraviesa
las colinas y envuelve sus cabellos, como ilumina
la luna y embellece el mar,
y en el corazón de las montañas funde
la nieve del invierno y los glaciares
de diez mil milenios.

En sus últimos poemas, escritos en Japón en su mayoría, Rexroth expresa estos momentos de “conciencia cósmica” en términos cada vez más budistas y, sobre todo, con términos de la última visión del sutra Avatamsaka (La Guirnalda de Flores):

.... La Red de Indra,
el infinito compuesto de infinitos,
la Guirnalda de Flores.
Cada universo reflejando
los otros universos, reflejándose
en todos ellos...

Nos podría dar la impresión de que la obra de Rexroth está influida por el budismo zen; sin embargo, lo criticó en muchos aspectos y manifestó tener más puntos en común con otras formas de budismo. Arremetió contra el zen popularizado en Occidente, calificándolo de

irresponsable y de moda pasajera. Pero también criticó al tradicional zen japonés por su complicidad con regímenes militares, desde el samurai japonés hasta la segunda guerra mundial. Parece que tampoco le gustó mucho el culto y la adoración al maestro espiritual que, a menudo, se encuentran tanto en el zen como en otras prácticas religiosas orientales. Rexroth probablemente hubiera reconocido que la meditación zen es uno de los medios más efectivos para cultivar la paz contemplativa “hasta que se convierta en un hábito constante que forme la base de nuestra rutina diaria”. Pero también es cierto que creía que, al esforzarse demasiado en buscar la iluminación, uno puede dejar de lado lo esencial. Se cree que las últimas palabras de Buda fueron: “Oh discípulos, todo lo creado en el mundo es cambiante por naturaleza. Luchad sin descanso”. Rexroth, con una mentalidad más taoísta, nos aconseja:

Todo lo que se ha creado
en el mundo es cambiante
por naturaleza.
Tomadlo con calma.

La verdadera iluminación, nos dice, no surge como una experiencia buscada por sí misma, sino como un efecto secundario del modo de vida elegido:

Yo creo que el desarrollo de la capacidad creciente de recogimiento y trascendencia se consigue más por el modo de vida elegido que por ejercitarse en ello. El budismo es puro empirismo religioso. No se fundamenta en creencias, sino sólo en la experiencia religiosa definida en toda su simplicidad y su pureza. Esta experiencia llega a convertirse en una realidad constante y siempre accesible para los que la practican. La base de esto no es ni hacer gimnasia con el sistema nervioso ni tener conocimientos teológicos. Es seguir el “Noble camino de las ocho vías”, cuya culminación es la “calma imperturbable”, el nirvana, que subyace en la realidad.

Rexroth no apoyaba la idea de usar drogas psicodélicas como un atajo para conseguir una visión mística. Como mucho, reconocía que estas sustancias habían dado a algunos jóvenes la posibilidad de vislumbrar una “vida interior”, que había sido reprimida por la cultura de la clase media americana. Al hablar de este tema solía citar a San Juan de la Cruz: “Las visiones son indicios de una falta de verdadera visión”. Para Rexroth la experiencia religiosa trascendente no es la visión de un mundo diferente y sobrenatural, sino un despertar consciente a éste:

Los objetos reales poseen su propio significado trascendental. (...) Lo sagrado puede encontrarse en un montón de polvo. Es, en realidad, ese montón de polvo. (...) La verdadera iluminación es un hábito cotidiano. No somos conscientes de que vivimos en la claridad de las luces porque no vemos ninguna sombra proyectada. Cuando tomamos conciencia de ello, lo hacemos de la misma manera que los pájaros perciben el aire y los peces el agua.

La gente tiende a describir estos momentos de consciencia en términos de sus propias y variadas creencias religiosas, pero en realidad las experiencias se parecen mucho entre sí y se dan también entre gente no religiosa. Aunque muchas veces vayan más allá de nuestra comprensión racional, ello no implica por fuerza que se trate de experiencias sobrenaturales. Rexroth es bastante claro acerca de esta distinción. Está felizmente libre de la moda new age y es demasiado perspicaz como para ser arrastrado por las supersticiones y pseudo ciencias en las que tantas personas han creído y todavía siguen creyendo hoy en día. Al recordar a gente de su propia generación que, aunque inteligente en otros aspectos, tenía fe ciega en la astrología o en las cajas de orgón de Reich, nos hace la siguiente

observación: “Cualquiera que hubiese estudiado física en el instituto habría podido ver que esas cosas eran totalmente absurdas, pero el problema radicaba en que estas personas habían dejado de creer en la física, así como en el capitalismo y en la religión. Para ellos todo esto no era más que un mismo engaño.”

Igual de escéptico se siente ante las pretensiones científicas del moderno psicoanálisis y de la psiquiatría. En su divertido artículo “My Head Gets Taken Apart” (“Me diseccionan la cabeza”), nos describe la ocasión en la que recibió dinero de un “Instituto de Investigación” por participar en un experimento de tres días sobre la exploración de la “personalidad creativa”. Después de la enorme variedad de baterías de tests, entrevistas y cuestionarios a los que se tuvo que someter, su conclusión fue:

¿Qué sentido tenía todo esto? Ninguno. (...) Estas paparruchas con las que nuestra sociedad se engaña a sí misma son mucho menos efectivas, y mucho menos científicas, que las supercherías de otras épocas y otros pueblos. Cualquier curandero sioux, cualquier sacerdote atento y cariñoso, una abuela con experiencia o cualquier herborista chino podrían haber descubierto más en media hora que lo que estas personas hicieron en tres días. (...) Por mi parte, si se me diera a escoger, más me confiaría a los cavernícolas que pintaron las cuevas de Altamira.

Rexroth nos da a entender que algunas de las prácticas tradicionales pueden poseer, al menos de forma intuitiva, una pizca de lucidez sobre las circunstancias normales de la vida corriente. Sean supercherías o no lo sean, la gente tiende instintivamente a dejarse arrastrar por aquello que parecen expresar los arquetipos psicológicos o espirituales: sus relaciones y sus aspiraciones, los conflictos internos de toda la vida. “Lo que se busca en la alquimia, en los libros herméticos, en la teología menfita o en esas manías absurdas como la de los platillos volantes, es un esquema fundamental de la mente humana expresado de manera simbólica”. Y encontramos ahí esos esquemas básicos porque éstos provienen de mentes básicamente similares a las nuestras.

Lo que los gnósticos proyectaban en la pantalla de su profunda ignorancia como una imagen del universo era, en realidad, una imagen de su propia mente. Su mitología es un retrato simbólico, casi deliberado, de las fuerzas que operan en la estructura y en la evolución de la personalidad humana, (...) un panorama institucional de lo que Jung ha llamado el inconsciente colectivo. (...) (Esta idea, como Jung ha señalado, no se refiere a que todos compartamos un alma misteriosa y colectiva. Es una imagen colectiva porque todos respondemos a la vida más o menos de la misma manera, porque todos tenemos los mismos atributos fisiológicos.) Si la manipulación de los símbolos no nos permite influir en el cosmos, nos permite al menos influir en nuestras mentes.

Para Rexroth no se trata de creer o no en la validez objetiva de cualquier sistema oculto o religioso; lo que le interesa es el “mundo interior”, los “valores que no pueden ser reducidos a cantidades” y que encuentran su expresión en estas formas. En la medida en que la religión es un intento de explicar la realidad objetiva, se va quedando cada vez más desfasada, ya que la Humanidad progresa en su conocimiento; pero podría decirse que su importancia se mantiene en lo que se refiere al mundo interior, a la realidad subjetiva:

Idealmente, la religión es lo único que quedaría después de que el hombre lo supiera todo. (...) A medida que las interpretaciones especulativas de la religión se van derrumbando como explicaciones de la realidad, adquieren el carácter de representaciones simbólicas de diversos estados del alma. Si

subsisten en la práctica de un culto, decimos que han sido llevadas a un estado de sublimación. Es precisamente su irracionalidad lo que hace que el dogma y el ritual se mantengan vivos. En el momento en que éstos se pudieran reducir a explicaciones basadas en el sentido común o pudieran ser refutados, sencillamente se apagarían. Sólo sobreviven los misterios, porque se corresponden con un proceso interno en la vida del hombre, y porque son el signo exterior de una realidad espiritual interior.

A Rexroth le gustaba decir que, “la religión es algo que se hace, no algo en lo que se cree.” Él estaba muy interesado en las fiestas y en los rituales religiosos y folclóricos de todo tipo, hasta el punto de ensalzar incluso sus vestigios modernos más manidos. “Poco importa si papá tiene que estar pagando durante un año las facturas de la primera comunión, de la barmitzvah, o de la boda. Por un momento ha existido al menos ese reconocimiento, aunque sólo sea simbólico, de que incluso la vida más pobre y monótona tiene una importancia trascendental, y de que ningún ser humano es insignificante”. Con esta clase de espíritu él mismo participó en diversos rituales religiosos, budistas, vedas, cuáqueros e incluso católicos:

Lo que me atrae del catolicismo no es su cristianismo, sino su paganismo. (...) La vida litúrgica de la Iglesia me conmueve porque evoca las más antiguas respuestas al ciclo de los años, al cambio de las estaciones y a los ritmos de la vida de los hombres y los animales. Para mí los sacramentos transfiguran los ritos de paso. (...) En los ritos de paso, las relaciones y las actividades fundamentales de la vida: nacimiento, muerte, relaciones sexuales, comer, beber, escoger una vocación, adolescencia, enfermedades mortales, en fin, la vida en sus momentos más importantes se ennoblece por la introducción ceremonial de la trascendencia. El universo entero se refleja en el acontecimiento de una misa o en una ceremonia, que es en sí misma un tipo de danza y una obra de arte.

No es necesario decir que Rexroth se oponía a casi a todo lo referente a la Iglesia católica excepto a sus rituales; pero al igual que mucha gente, parece haber tomado parte en prácticas religiosas que le atraían, dejando simplemente de lado esas otras que no le gustaban. “En la actualidad se ve que una gran parte de nuestra sociedad más cultivada adopta, de forma voluntaria, los comportamientos religiosos y las creencias de comunidades más primitivas, por razones personales puramente pragmáticas o psicológicas”. Su práctica católica se limitaba, más que nada, a acudir a las ceremonias anglo-católicas que han mantenido los rituales de la Iglesia romana rechazando al mismo tiempo su autoridad dogmática.

De todas maneras, siempre me ha sorprendido que una persona como Rexroth pudiera tener algo que ver con cualquier Iglesia cristiana. Una cosa es practicar algún tipo de meditación, o tomar parte en alguna fiesta o ritual, que todo el mundo reconoce como una simple forma de centrar nuestra vida y celebrar una comunión con los demás; y otra muy diferente es reforzar la credibilidad de instituciones repulsivas y de dogmas nocivos en los que todavía cree tanta gente. Como el propio Rexroth dice con un espíritu muy diferente:

Durante miles de años, los hombres de buena voluntad han tratado de hacer el judaísmo y el cristianismo moralmente aceptables para hombres sensatos y civilizados. Ninguna otra religión ha requerido semejantes esfuerzos de espiritualización. (...) ¿Para qué tanta molestia? En caso de necesitar una religión podrían acudir a los textos básicos del taoísmo, budismo o confucionismo, que no necesitan tanta reelaboración. En el caso particular de los textos budistas puede que fuese necesario recortar algo de esa retórica

exótica, pero no es necesario hacer que signifiquen justamente lo contrario de lo que dicen.

Cualesquiera que sean los gustos personales de Rexroth acerca de los rituales, sus escritos sobre religión son bastante lúcidos en general. Como en el resto de su obra, siempre busca lo que puede ser relevante, sugestivo o ejemplar. Por ejemplo, en su estudio sobre Lamennais, radical católico del siglo XIX, lo que le interesa es su “sensibilidad espiritual”, no los “detalles de su variable filosofía y teología”. “Sus doctrinas cambiaban, pero no su vida, así que es su vida y la expresión literaria, que podríamos llamar incluso poética, de esa vida coherente lo que nos interesa”.

Una cosa es cierta, no hay nada puritano ni fuera de este mundo en el misticismo de Rexroth. Él mismo nos dice que el tema de sus poemas en *The Phoenix and the Tortoise* es

el descubrimiento de una base para recrear un sistema de valores dentro del sacramento del matrimonio. El proceso tal como yo lo veo iría así: del abandono al misticismo erótico; del misticismo erótico al misticismo ético del sacramento del matrimonio; de ahí a la realización del misticismo ético de la responsabilidad universal — del Otro a los Otros. Estos poemas bien pudieran estar dedicados a D.H. Lawrence, que murió en su intento de recrear una familia espiritual.

Como él decía, hay mucha paja en Lawrence: retórica sentimentaloides, un primitivismo ridículo, polémicas sexuales pasadas de moda e incluso tendencias vagamente fascistas. Pero lo que prevalece es su lucha por una vuelta a la realidad primigenia, por restablecer las conexiones orgánicas vitales, empezando por la más íntima. Al hablar de los poemas de Lawrence sobre el amor y la naturaleza, Rexroth nos dice: “La realidad se extiende a través del cuerpo de Frieda [la mujer de Lawrence], a través de todo lo que toca, de cada lugar que pisa (...) todo resalta iluminado por una luz que parece sobrenatural y es, al mismo tiempo, completamente terrenal. (...) Más allá del Sagrado Matrimonio se abre un mundo restablecido de pájaros, animales y flores — un mundo objetivo sacralizado. ‘¡Mira, hemos pasado!’ Hemos entrado en un mundo transfigurado por la gloria que lo envuelve por todas partes como una luz sobrenatural.” Y en lo referente a sus poemas sobre la muerte: “Lawrence no trató de engañarse con falsas promesas o con seguridades ilusorias. La muerte es un misterio absoluto e impenetrable. Comunión con los demás y olvido, sexualidad y muerte, se puede revelar el misterio pero sólo como algo totalmente inexplicable.”

Los propios poemas de amor de Rexroth manifiestan la misma clase de reverencia por la sexualidad como un misterio profundo e insondable:

Invisible, solemne y fragante,
tu carne se abre a mí en secreto.
No conoceremos ningún enigma más grande.
Después de todos estos años no hay nada
más extraño que esto. Nosotros que nos sentimos
como un sólo ser doble, y movemos nuestros miembros
como hábiles instrumentos de un mismo deseo fundido,
somos un misterio en brazos del otro.

Con la misma delicadeza, evoca la eternidad fugaz de la unión de los amantes. En este poema (inspirado en la *Gymnopédie n° 1* de Satie), los amantes están una noche al borde del mar en el sur de California:

El futuro se ha ido hace tiempo
 y el pasado no llegará jamás
 solamente tenemos esto
 nuestro ser eterno
 tan pequeño tan infinito
 tan breve tan inmenso
 inmortal como nuestras manos que se palpan
 imperecedero como este vino iluminado por el fuego
 todopoderoso como este sencillo beso
 que no tiene comienzo
 y que no tendrá
 nunca
 fin

La cábala, el tantrismo, el Cantar de los cantares... A Rexroth le gusta invocar los misticismos que juegan con las conexiones o paralelos entre el amor humano y el divino, que ven el acto sexual como una unión espiritual, o incluso como un modo de contemplación:

El amor es el aspecto subjetivo
 de la contemplación.
 El amor sexual es una de
 las más perfectas formas de
 contemplación, mientras no esté hecho
 de ignorancia, avaricia,
 y deseo de posesión.

Cuando utiliza la expresión “del Otro a los Otros” nos quiere dar a entender algo visible en las siguientes líneas:

Para el corazón empobrecido
 la noticia e incluso la vista
 de la destrucción de miles
 de otros seres humanos
 puede asumir sólo la forma
 de un grito lejano (...)
 Sin embargo, como para los dos amantes,
 el ser querido es conocido y
 amado cada día más perfectamente,
 es todo el universo de personas
 el que deviene más real.

Uno de los pensadores que más influencia han ejercido sobre Rexroth es Martin Buber⁽¹⁰⁾, el “filósofo del diálogo” judío. Según Rexroth, “es prácticamente el único escritor religioso contemporáneo que una persona no religiosa puede tomar en serio”. Es cierto que es un escritor religioso, pero de una religiosidad muy especial que ha hecho que su filosofía sea llamada medio en broma, pero no muy desacertadamente, “judaísmo zen”. En su juventud, Buber tuvo la sensación de que su preocupación por “la experiencia religiosa” le había llevado, en cierta ocasión, a no prestar toda la ayuda necesaria a alguien que se la había pedido y que más tarde se suicidó. Refiriéndose a ello escribió:

Desde entonces he renunciado a lo “religioso” que no es más que la excepción, extracción, exaltación o éxtasis; o bien lo religioso ha renunciado a mí. No poseo nada, salvo el día a día que jamás me es arrebatado. El misterio ya no se

revela, ha escapado o ha edificado su morada aquí, donde todo acontece mientras va sucediendo. No conozco otra plenitud sino la de cada hora mortal de exigencia y responsabilidad. (...) Si eso es religión, entonces religión lo es todo, simplemente todo lo que se vive en su posibilidad de diálogo.

Buber no ve la realidad fundamental ni en la experiencia subjetiva ni en el mundo objetivo, sino en el “reino del entre.” “Al principio está la relación.” “Toda vida verdadera es encuentro”. En su obra maestra *Yo y Tú* distingue dos tipos básicos de relación: Yo-Eso y Yo-Tú. Yo-Eso es una relación de utilización y experimentación entre el sujeto y el objeto; Eso (puede ser Él o Ella) no es más que una “cosa entre todas las cosas”, un objeto susceptible de comparación y categorización. La relación Yo-Tú es única, recíproca y total, y además, es irremediamente temporal. “El ser individual aparece cuando se contrasta frente a otros seres individuales. La persona aparece en el momento en que entra en relación con otras personas.”

Rexroth recalca que el punto de vista de Buber no es un sermón sentimental sobre el “compañerismo” o “espíritu de grupo” (esa forma de agruparse tan extendida hoy día que “no es nada más que una concentración de elementos asustados”), ni tampoco es una invocación del colectivismo en oposición al individualismo. “El individualismo comprende sólo una parte del hombre, el colectivismo comprende al hombre sólo como parte”. Tanto Buber como Rexroth hacen una clara distinción entre colectividad (como suma de elementos) y comunidad auténtica (que estaría formada por un grupo de personas interrelacionándose de forma viva y directa).

Rexroth critica a Buber en tres puntos fundamentales: cuando se convierte en un apólogo del sionismo (a pesar de que el sionismo de Buber nunca fue beligerante ya que trabajó de forma tenaz en pro de un verdadero acercamiento entre judíos y árabes); cuando concluye su trabajo, bastante bueno por cierto, sobre las tendencias de las comunidades libertarias (*Caminos de utopía*) con falsas ilusiones sobre lo prometedor que resultaba el establecimiento de kibutzs en Israel; y cuando, en la última parte de *Yo y Tú*, llega a la noción de Dios como el “Tú eterno”. Rexroth se opone a los aspectos desagradables del Dios bíblico de Buber, pero aún desconfía más de esa “avidez metafísica” por una relación absoluta. “Cualquier obra que tenga un final feliz reservado en el Infinito es, en ese aspecto, engañosa. (...) Yo creo que la más completa realización del ser proviene de la aceptación de sus límites de contingencia. Es más difícil, pero mucho más noble, amar a tu mujer como a otro ser humano tan efímero como tú mismo, que mantener conversaciones imaginarias con un imaginario Absoluto”. Sin embargo, según Rexroth, la aceptación de las relaciones contingentes y fugaces sería el verdadero punto esencial en la perspectiva de Buber. La idea de un “Tú eterno” no es realmente una implicación necesaria de su filosofía. “A pesar de que el mismo Buber podría estar en desacuerdo desde el punto de vista doctrinal, nada importante cambiaría en su filosofía si elimináramos a su Dios. Nos quedaría una filosofía de alegría, vivida en un mundo lleno de otros seres.”

Una buena parte de la obra de Buber está dedicada a la presentación del jasidismo, un movimiento popular místico que surgió en las comunidades judías del este de Europa en el siglo XVIII. Rexroth analiza en profundidad la historia y la naturaleza de este movimiento y explica cómo difiere en algunos aspectos de la sofisticada reinterpretación que Buber hace de él; sin embargo y a pesar de todo, lo que sobresale es un “santo buen humor” y una afirmación de comunidad que sólo aparece en los movimientos religiosos en muy pocas ocasiones. La obra de Buber *Cuentos jasídicos* nos recuerda, en cierto modo, las anécdotas sufíes, del zen o de los taoístas, pero poseen un carácter más comunitario y más ético. Al igual que éstas, nos revelan a menudo un hecho decisivo en la vida de una persona, aunque en general se trata más de una “transformación” moral interna que de una experiencia iluminadora. No hay ningún logro espiritual definitivo. Cada nueva situación, cada nuevo

encuentro requiere que se responda con todo el ser. Las historias jasídicas tienen lugar en un contexto de judaísmo tradicional bastante ortodoxo, lleno de supersticiones, relaciones sociales anticuadas y formas religiosas poco atractivas; y aún así, a pesar de ello,

lo que más fluye a través de todo esto es alegría y encanto, amor y tranquilidad, dentro de un mundo inasible y fugitivo. A esto se le llama la “voluntad de Dios”, pero se acepta el movimiento del universo (...) en términos muy parecidos a los del *Tao Te Ching*. Música y danza, el amor mutuo en el seno de la comunidad: éstos son los auténticos valores. Son hermosos precisamente porque no son absolutos. Y sobre esta base de modestia, de amor y gozo se levanta una estructura moral que consuela e ilumina como no lo hace casi ninguna otra expresión religiosa occidental.

Rexroth apoya siempre, de forma entusiasta, estos misticismos éticos que “reafirman la vida”; siempre está dispuesto a valorar y animar cualquier tendencia que se dirija a la unión de contemplación y comunidad o que intente integrar en un mismo mundo la vida espiritual con la vida cotidiana. Como todos sabemos, el misticismo ha servido muchas veces para justificar la falta de cumplimiento de responsabilidades éticas y la despreocupación ante los problemas sociales. La experiencia de la unidad trascendente se ha tomado como implicación de que todo el sufrimiento y agobio de este mundo son sólo una ilusión, y por consiguiente no necesitaríamos preocuparnos por ello. Las expresiones contradictorias del misticismo (como trascendencia de la dualidad, “Todo es Uno”, etc.) pueden ser recursos apropiados del lenguaje para hablar de experiencias difíciles de describir; pueden incluso, de alguna manera, ser ciertas, pero sacar la conclusión de que son verdaderas, en el sentido estricto de la palabra, sería confundir distintos niveles de la realidad. La manera más simple de refutar esta clase de sofística trascendental es hacer notar que, incluso aquellos que la predicán, se toman algunos aspectos de la vida mundana muy en serio, como por ejemplo el dinero que cobran por sus enseñanzas.

Rexroth jamás cae en esta trampa. Cuando lo percibe está presto a denunciarlo. “La verdadera razón de la popularidad del Oriente antiguo y oculto fue señalada hace tiempo por el marinero del poema de Kipling: ‘Embarcadme hacia algún lugar del este de Suez (...) donde no existan los diez mandamientos.’ Cuando una religión es lo suficientemente exótica, no hay necesidad de preocuparse acerca de responsabilidades. Uno puede permitirse lo que quiera”. Rexroth tampoco admite la idea de que uno debe “curarse a sí mismo” antes de actuar con los demás. Tal como nos ha recalado a menudo, los grandes místicos del pasado insisten de manera casi unánime en que los dos aspectos han de ir juntos. “El contemplativo católico, el sufí, el monje budista, todos ellos siguen un ideal de perfección. La iluminación les llega como la coronación a una vida de intenso activismo ético, de honradez, lealtad, pobreza, castidad y, sobre todo, caridad, amor generoso y positivo hacia todas las criaturas. La vida virtuosa crea un ambiente en el que la iluminación espiritual fluye como una luz difusa y sin origen.” Una definición clásica de las prioridades dada por uno de los más grandes místicos occidentales dice: “Si alguna persona estuviera en tal estado de arrobamiento como aquel en el que se encontró una vez San Pablo, y le dijeran que había un hombre enfermo cerca que necesitaba una taza de caldo, mejor haría en dejar su estado por amor al prójimo y servir a quien necesita ayuda” (Meister Eckhart). Esta misma idea aparece implícita en el ideal mahayana del bodhisattva, pero con un matiz suplementario que a Rexroth le gusta especialmente:

Un bodhisattva, por si alguien no lo sabe, es un ser que, cuando está a punto de alcanzar el nirvana, se retira haciendo voto de no entrar en esa paz final hasta que no haga entrar al resto de los seres. Según el pensamiento budista más profundo, él hace esto “con indiferencia” porque sabe que no existe ni ser ni no-ser, ni paz ni ilusión, ni salvados ni salvadores, ni verdad ni consecuencia.

Ésta es la razón para esa expresión a la vez benigna y en calma en los rostros del arte religioso del lejano Oriente.

Pero una caridad lúcida implica en definitiva oponerse al sistema social que hace todo lo posible para que ésta no pueda llevarse a cabo. Rexroth añade una “coletilla” al voto bodhisattva:

Mientras haya una clase inferior,
Yo pertenezco a ella. Mientras haya
un elemento criminal,
Yo también lo soy. Mientras haya
una sola alma en prisión,
Yo no seré libre.

[NOTAS]

8. *Parade's End*. Tetralogía sobre el periodo de la Primera Guerra Mundial escrita por el autor y crítico inglés Ford Madox Ford (1873-1939)

9. D.T. Suzuki (1870-1966). Autor de numerosas obras sobre el budismo zen y principal divulgador de él en Occidente.

10. Martin Buber (1878-1965). Nació en Viena. Filósofo de la religión y de la cultura, exponente de un existencialismo y espiritualismo en sentido amplio, intérprete y renovador del pensamiento y de las tradiciones judías del jasidismo.

Fin del capítulo 2 de “Erotismo, Misticismo y Revolución” de Ken Knabb, traducción de Esther Quintana revisada por Ken Knabb. Versión original: [The Relevance of Rexroth](#) (1990).

No copyright.

[\[Capítulo 1 : Vida y Literatura\]](#)

[\[Capítulo 3 : Sociedad y Revolución\]](#)

[\[Otros textos en español\]](#)

[\[REXROTH ARCHIVE\]](#)

[\[Home\]](#) [\[Public Secrets\]](#) [\[Situationist International\]](#) [\[Index\]](#) [\[Search\]](#)

www.bopsecrets.org knabb@bopsecrets.org

BUREAU OF PUBLIC SECRETS

Erotismo, Misticismo y Revolución

(Un estudio crítico sobre Kenneth Rexroth)

3. Sociedad y Revolución

“Hablar de revolución puede sonar irrisorio. (...) Pero todas las alternativas son aún más irrisorias, pues implica aceptar el orden establecido de una manera u otra.”

Internacional Situacionista, nº6, agosto 1961.

Rexroth creció en los últimos años del viejo movimiento revolucionario. La primera guerra mundial no sólo evidenció la quiebra del antiguo orden social, sino que reveló la superficialidad del movimiento revolucionario que luchaba contra él, pues casi todas las supuestas organizaciones internacionales de izquierda y en contra de la guerra se solidarizaron con sus Estados respectivos. El final de la guerra trajo consigo una ola de levantamientos en Europa, pero todos ellos fueron pronto aplastados o neutralizados. La única excepción aparente, la revolución rusa de 1917, resultó ser en definitiva el fiasco más grande de todos. Los bolcheviques tomaron el poder, reprimieron las fuerzas libertarias que habían hecho la revolución e impusieron una nueva variante del viejo sistema: el capitalismo burocrático de Estado. La burocracia “comunista” se convirtió en la nueva clase dirigente; el Estado se erigió en el único capitalista soberano.

El bolchevismo no tiene nada de comunismo, y ni siquiera de socialismo, en el sentido que tenían estas palabras antes de 1918. Es una forma muy primitiva de capitalismo de Estado. Es un método para forzar a un país semicolonial y atrasado a que pase por un periodo de acumulación de capital por el que la mayoría de las naciones capitalistas pasaron durante los primeros años del siglo XIX.

La contrarrevolución bolchevique no sólo fue un desastre para Rusia; su ejemplo iba a empozoñar y finalmente destruir por completo todo el movimiento revolucionario internacional durante las décadas siguientes. El poder bolchevique y el prestigio de los supuestos líderes de la única revolución “trionfadora” les permitirían dominar, manipular y sabotear al resto de los movimientos radicales en todos los países, “hasta que no quedase ni una sola persona que no estuviera sometida al Kremlin, fuera como sicario estalinista o como psicópata antibolchevique”. “Miles de personas se hicieron reaccionarias, se acogieron a la religión o a toda clase de locura porque pensaban que la revolución socialista y el bolchevismo significaban lo mismo.”

En esta época, en Europa occidental y en América, el sistema había llegado a diversos compromisos con los partidos socialistas reformados y los sindicatos (*New Deal*, frentes populares, Estado de Bienestar...)

Los movimientos sindicales y socialistas de Occidente han funcionado, en realidad, no sólo como reguladores que permiten salir el vapor cuando la presión es demasiado alta, como lo que ahora se denomina “válvulas de seguridad” — aunque en el fondo sí representen esto último — sino como piezas esenciales del engranaje capitalista; en otras palabras, su actuación se asemeja más a la de un carburador que asegura que la cantidad exacta de gasolina y aire estará lista para cada nueva exigencia del motor.

En algunos países donde esto no funcionó del todo bien, las crisis sociales se sofocaron con la imposición del fascismo (un híbrido entre el capitalismo de Estado totalitarista y el capitalismo monopolístico tradicional). Los auténticos elementos radicales, que habían quedado atrapados entre el bolchevismo, el reformismo y el fascismo, fueron aislados o simplemente eliminados. La última y más notable manifestación del antiguo movimiento, la revolución anarquista española de 1936-1937, fue destruida por los tres a la vez.

Este fue el final para la generación de la esperanza en la revolución. La conciencia de la Humanidad tuvo que volver a aprender nuevos métodos de compromiso. Los juicios de Moscú, las ejecuciones en la calle por el Kuomintang, la traición a España, el pacto entre Hitler y Stalin, el exterminio de naciones enteras, Hiroshima, Argel — ninguna protesta ha podido evitar que el monstruo cerrase sus garras. A medida que pasan los años se oyen menos y menos protestas. Los portavoces, los intelectuales de todo el mundo están vendidos al poder y guardan silencio.

Toda una generación de escritores, artistas e intelectuales estaba traumatizada, mutilada mental y moralmente y se hundía en el desánimo y el compromiso.

¿Cuántos dejaron de escribir a los treinta años?
 ¿Cuántos empezaron a trabajar para *Time*?
 ¿Cuántos murieron de lobotomía
 dentro del partido comunista?
 ¿Cuántos se han perdido en los pabellones
 de psiquiátricos de provincias?
 ¿Cuántos decidieron por consejo
 de su psicoanalista
 que hacer carrera en el mundo de los negocios
 era mejor al fin y al cabo?
 ¿Cuántos son alcohólicos sin esperanza alguna?

Rexroth representó una de las pocas excepciones. En los años veinte, fue un miembro activo de una de las organizaciones más ejemplares del antiguo movimiento, la anarco-sindicalista IWW. En los años treinta, llevó adelante un trabajo similar pero de manera independiente. Cuando dejaron de existir movimientos revolucionarios importantes, se preparó para un largo atrincheramiento: estableció contactos con personas que se habían mantenido radicales e íntegras, les propuso evaluar de nuevo los antiguos puntos de vista y continuó hablando en público y actuando allá donde fuera posible. Él ya se había percatado del juego disimulado de los bolcheviques en 1921, cuando Trotsky y Lenin aplastaron la revuelta libertaria del soviet de Kronstadt; pero aunque se oponía claramente a todas las formas de “comunismo”, no reaccionó apoyando al capitalismo occidental, como hicieron muchos otros miembros de su generación.

Estoy mucho más al tanto de
 los horrores del estalinismo
 que tú, belicoso ex trostkista.
 Pero no conseguirás nada
 diciéndome que debería
 hacer las paces con la bestia que me devora
 sólo porque un león más grande
 está comiéndose a otra persona
 al otro lado de la arena.

A propósito de los límites de la política reformista, Rexroth nos cuenta que, viajando una vez a través de Montana en auto-stop con su mujer Andrée, fueron recogidos por un adinerado hombre de mundo con una opinión curiosamente cínica sobre los políticos. Rexroth le pregunta entonces si no cree que podría haber algunas excepciones de hombres honrados, tales como Robert La Follette y Burton Wheeler (senadores progresistas de Wisconsin y Montana). El hombre le responde describiendo la barrera de protección situada al fondo de un campo de béisbol: “La barrera se encarga de parar las bolas que pierde el ‘catcher’ y las que están mal lanzadas, de manera que no puedan herir a los espectadores de las primeras filas. Ésta es la función de hombres como La Follette y Wheeler, y créame joven, aunque usted no lo sepa, ellos sí.” Al día siguiente descubrieron que su compañero de viaje había sido el senador Wheeler.

El fracaso del bolchevismo y del socialismo reformista al tratar de llevar a cabo un verdadero y radical cambio social reforzó el anarquismo de Rexroth. Había llegado a ser más evidente que nunca que el capitalismo no podría ser eliminado con programas estatales, y que cualquier burocracia, no importa lo radical que fuera, tendría de forma natural a perpetuar su poder. El capitalismo y el Estado no son más que aspectos entrelazados del mismo sistema:

Fuerza de trabajo en el mercado,
 fuego potente en el campo de batalla,
 son todo uno, son simplemente dos
 caras del mismo monstruo.

El Estado es, básicamente, una estafa. El hecho de que, en ocasiones, provea a sus ciudadanos de unos pocos servicios sociales encubre su función esencial de protector de la economía de mercado. Sin esta economía, muchos de los conflictos de intereses, que han sido creados de manera artificial y que ahora son pretexto para la existencia del Estado, perderían su razón de ser. “El Estado no te hace pagar impuestos para proveerte con servicios. Te grava con impuestos para destruirte. Los servicios que te presta son algo que ha confiscado a los hombres y a sus relaciones con los demás para legitimar su poder policial y militar”. Rexroth evoca a Herbert Read⁽¹¹⁾ cuando dice: “Puede que el anarquismo parezca poco sensato, pero seguro que le parecería mucho más sensato a cualquier persona de otra civilización que el moderno Estado-nación capitalista; además, es evidente que es lo único que podría funcionar. De ahora en adelante cualquier forma de Estado está condenada al fracaso, y al fracaso más estrepitoso.”

Durante la Segunda Guerra mundial Rexroth hizo su servicio de objetor de conciencia como ayudante en un hospital psiquiátrico. No fue un defensor del pacifismo a ultranza, pero parece haber estado absolutamente en contra de todas las guerras que han tenido lugar entre los modernos Estados-naciones. Siempre las ha considerado peor que cualquiera de los males que pretendían remediar. Durante la guerra formó el grupo pacifista Randolph Bourne Council (en memoria del autor libertario que escribió sobre el tema “La guerra es la salud del Estado”) y trabajó ayudando a los americanos de origen japonés que estaban

siendo hostigados y enviados a campos de concentración. Ideó algunas estratagemas que salvaron a muchos del encarcelamiento.

Después de la guerra, Rexroth y un pequeño grupo de amigos organizaron el San Francisco Anarchist Circle (rebautizado después como Círculo Libertario).

Cada semana teníamos una reunión educativa dedicada a un tema diferente: los colectivos agrarios andaluces, los consejos obreros en la Alemania revolucionaria, las comunidades utopistas en Estados Unidos, la revuelta de Kronstadt, Nestor Makhno y su sociedad y ejército anarquistas durante la revolución rusa, la I.W.W., el anarquismo asociativo en América; o bien hablábamos de personajes como Babeuf, Bakunin, Kropotkin, Alexander Berkman, Emma Goldman, Voltairine de Cleyre y el movimiento anarco-feminista. (...) El lugar estaba siempre repleto y cuando el tema de la tarde era “Sexo y Anarquismo”, no cabía ni un alfiler. (...) Cada aspecto particular de la historia o de la teoría del anarquismo era presentado por una persona competente y luego sometido a discusión por el público asistente. (...) Nuestro objetivo consistía en volver a fundar el movimiento radical después de su destrucción por los bolcheviques y analizar de nuevo todos sus principios básicos; en otras palabras, pretendíamos someter a una crítica rigurosa todas las ideologías desde Marx a Malatesta.

Parece ser que el Círculo Libertario, cuya actividad más intensa se dio entre 1946 y los primeros años cincuenta, tuvo tanta influencia cultural como política. Fue sin duda el primer foco importante de la efervescencia de la posguerra, y muy pronto se referirían a él como el Renacimiento de San Francisco. Algunos de sus participantes fundaron la emisora de radio independiente KPFA, también fundaron grupos de teatro experimental y numerosas revistas; otros miembros constituyeron parte de esos poetas y artistas que tuvieron una influencia considerable en toda la zona, llamada Bay Area, durante los años cincuenta y sesenta.

Rexroth se encontraba en el corazón de todo esto. Además de su papel fundamental dentro del Círculo Libertario, organizaba debates, conferencias y lecturas semanales en su propia casa, arremetía contra el poder establecido en numerosos artículos, entrevistas y emisiones en radio KPFA y divulgaba las nuevas tendencias disidentes. En un momento en el que la mayoría de los comentaristas declaraban con suficiencia que el tiempo de experimentación y desobediencia se había acabado, él empezaba a ver nuevos signos de esperanza. En su precursor artículo de 1957 “Disengagement: The Art of the Beat Generation” escribía: “La generación de los jóvenes está en un estado de rebelión tan absoluto que sus propios padres no podrían siquiera reconocerlos. (...) Así como los rayos X y la radioactividad, la rebelión moderna es invisible. Sólo se perciben sus efectos en un nivel material dentro de la sociedad y entonces se le llama delincuencia.”

A Rexroth y a otros poetas del Renacimiento de San Francisco se les ha considerado, un tanto a la ligera, como pertenecientes a la “generación beat”, pero como él mismo recalcó de manera enérgica en muchos artículos, ni él ni la mayoría de sus compañeros tenían mucho que ver con el estereotipo de los beatniks que habían creado los medios de comunicación. Sus críticas al sentimentalismo, egocentrismo y a las necedades de Kerouac fueron particularmente caústicas. (En venganza, la mayor parte del torrente de memorias, biografías e historias de la “era beat” apenas le mencionan salvo con algunos comentarios malévulos y rumores despectivos. Por otro lado, cuando el mundo académico se digna reconocer su existencia es para etiquetarle desdeñosamente como “el padrino de los beatniks”.)

La aparición del movimiento por los derechos civiles fue algo con lo que Rexroth conectó más. En un artículo, escrito en 1960, elogia la espontaneidad y la acción personal directa de los primeros manifestantes y les previene contra los intentos de intromisión e institucionalización de los “organizadores” burocráticos:

Se cuestionan las brutales tendencias reaccionarias de América, no en lo que se refiere a su base política — izquierda contra derecha —, sino a causa de su evidente falta de honradez y violencia moral. (...) Los programas políticos están desfasados, (...) el poder o un programa no es lo que importa, lo que importa ahora es una realización inmediata de contenido humano, aquí, allí, en todas partes, en cada hecho y en cada relación en la sociedad. (...) Esto implica una acción moral y personal. Yo diría, si me apuráis, que implica una revolución espiritual. (...) El boicot a los autobuses en Montgomery (...) demostró algo que siempre había sonado a puro sentimentalismo. Es mejor, más valiente, mucho más efectivo y más agradable actuar con amor que con odio. Una victoria ganada así nunca será puesta en tela de juicio. (...) Más aún, cada victoria moral convierte o neutraliza alguna parte de las fuerzas contrarias.

Esta acción directa y espontánea era un buen comienzo para clarificar el ambiente de años de compromisos y confusiones. (El esquema “izquierda contra derecha”, por ejemplo, ha sido durante mucho tiempo una supuesta oposición entre dos engaños casi imposibles de distinguir). Pero el rechazo de Rexroth a todos los programas en bloque es, obviamente, demasiado simplista. En el periodo que siguió a la destrucción del antiguo movimiento revolucionario, esta clase de actitud era comprensible: la gente desconfiaba con razón del sometimiento ciego a programas y organizaciones doctrinarias; era necesario reexaminar las perspectivas desde el principio y permanecer abiertos a las distintas posibilidades. Durante este periodo, la estrategia de Rexroth de fomentar el diálogo y las comunidades creativas sin preocuparse demasiado por tener una teoría coherente resultó ser muy provechosa. Ninguna otra persona jugó un papel tan importante para sentar las bases del Renacimiento de San Francisco de los años cincuenta, movimiento que se convertiría a su vez en una de las principales referencias de partida para la contestación más generalizada de los años sesenta. No obstante, esta nueva manifestación iba a plantear cuestiones tácticas y teóricas que Rexroth, empeñado en mantener su eclecticismo empírico, no sabría abordar de una forma coherente.

En 1960 aceptó una oferta del *San Francisco Examiner* (periódico perteneciente al imperio Hearst) para escribir una columna semanal. Parece ser que la política que siguió fue la de aceptar prácticamente cualquier encargo agradable mientras pudiera seguir manteniendo su total independencia; los editores tenían que aceptar sus artículos sin cambiar ni un punto ni una coma, tal como él los había escrito o si no, no había artículo.

Según él, los periódicos y revistas le dejaban más libertad que los partidistas diarios políticos y las publicaciones universitarias: “Lo que les interesa son los artículos vivos, atractivos y siempre que sean razonables, cuanto más controversia provoquen, mejor.” De momento, nada que objetar, pero ¿qué ocurre si lo que uno quiere decir no entra dentro de lo “razonable”? Incluso aunque te den carta blanca, todos sabemos que hay modos sutiles de presión que producen autocensura. Existe siempre la amenaza implícita de que no te renueven el contrato (como, en efecto, ocurrió en 1967 cuando escribió un artículo muy controvertido sobre la policía americana).

Rexroth no hizo un mal trabajo teniendo en cuenta la posición tan ambigua en la que se encontraba. El estilo de sus artículos está ligeramente adaptado a un tipo de audiencia más popular; pero es casi tan directo como en los anteriores, y su variedad de temas es, si cabe,

más amplia. Al hacer una reseña de un libro sobre la bahía de San Francisco nos dice: “Podéis conocer a fondo las novelas de Henry James o el arte de la fuga, pero si no os sentís como en casa en este mundo que está a vuestros pies y delante de vuestras ojos, es que aún no estáis realmente civilizados.” En ese sentido, es muy probable que sus columnas del periódico contribuyeran a “civilizar” a miles de lectores. En todo caso, lo que sí nos ofrecen es una gran información sobre la vida del área de la bahía en esa época, a la vez que incluyen muchos temas que no había analizado de manera tan detallada en sus otros escritos, temas que van desde las artes teatrales a la política, pasando por la arquitectura y el urbanismo local.

Cualquiera que sea el tema del que trate, Rexroth siempre intenta fomentar las cualidades de una comunidad vital y variada. Por regla general anima a la participación, experimentación y autonomía locales, aunque cuando es necesario un plan coherente él recomienda que se centralice la coordinación. Acerca de una representación libre de teatro en el parque nos comenta: “Esperemos que esto no sea más que un comienzo y que dentro de poco tengamos toda clase de actividades teatrales y musicales en los parques. No se me ocurren muchas mejores maneras de tonificar una comunidad alicaída. Tarde o temprano muchos de los espectadores pasarán a la acción.” Resulta gracioso ver de qué modo tan convincente se dirige a distintos grupos en su propia jerga, desafiando a ésos que se dicen cristianos para que emulen a Jesús y se acerquen a los pobres, a los marginados, a los desesperados, no para convertirlos al cristianismo sino para ayudarles; o diciendo a los comerciantes de Chinatown que ganarían aún mucho más dinero si convirtieran la avenida Grant en una calle peatonal, volvieran a representar ópera china y ofrecieran objetos orientales más auténticos, en lugar de esas baratijas para turistas.

Por supuesto, estas propuestas no están exentas de ironía. Dentro de un límite, nos podrían parecer más deseables e incluso más “prácticas” que las que se dan actualmente, pero Rexroth sabe que eso en definitiva no es suficiente. Algunas propuestas encontrarían mucha oposición por parte de intereses económicos y políticos; otras no redundarían en una mejora, pues la transformación de una zona suele hacerse a expensas de otra. “La cruda realidad es que los problemas auténticos: económicos, ecológicos, sociales, morales, éticos, religiosos o sexuales, no pueden ser resueltos con los mecanismos de esta sociedad ni con los de ninguna otra sociedad existente.”

De todas maneras, la mayor parte de estos artículos no son más que simples reacciones personales ante los acontecimientos del día a día y sólo contienen vagas muestras de una crítica social más amplia. Cuando fue despedido del *San Francisco Examiner*, Rexroth empezó a escribir una serie de artículos mensuales de mayor contenido político para el *Bay Guardian* de San Francisco (1967-1972) y para la revista cultural *San Francisco* (1967-1975). En sus columnas, cada vez más pesimistas, denuncia la corrupción y connivencia de políticos, gobernantes, empresarios y medios de comunicación, y deplora la destrucción sin sentido de todo vestigio de comunidad humana y ecologista. Muchas de sus denuncias están justificadas de sobra, pero les falta un análisis coherente y profundo de la situación que sirva para determinar perspectivas radicales. Como suele ocurrir, la revelación de un escándalo produce un efecto de desaliento en la gente, que se repliega sobre sí misma, ya que éste es el único terreno en el que uno puede considerarse al abrigo de la locura general.

Rexroth ya había percibido los signos de una nueva revolución en unos momentos en que la mayoría de los comentaristas no se había dado cuenta de nada. Sin embargo, él la veía más que nada en términos culturales y espirituales. Cuando surgieron las luchas más abiertas y violentas, se evadió del tema valorándolas como meros síntomas de virulencia social y se reafirmó en su anterior estrategia de una sutil subversión moral y artística. Esto se puede apreciar en sus comentarios sobre la única gran revuelta por la que ha mostrado cierto entusiasmo, la de mayo del 68 en Francia.

Probablemente lo más significativo de la explosión en Francia es la revelación de la quiebra moral de los poderes establecidos. Ni el general De Gaulle ni los líderes del partido comunista tenían la más ligera idea de lo que estaba pasando. El General no podía aportar ninguna explicación, salvo la sublime ocurrencia de que el partido comunista era el causante de todo. Los comunistas, que habían comprendido lo suficiente como para estar de verdad asustados, denunciaron de una manera salvaje e insultante la revuelta de los obreros que estaban en huelga y la de toda la juventud. (...) Cualesquiera que sean las consecuencias de todo esto en Francia, el rechazo de este gran caduco sistema de falsos valores, que ha regido la era del comercio y la industria, no cesará.

Hasta aquí Rexroth está en lo cierto. El problema es que no avanza mucho en el tema. Es típico de él que reconozca que el mayo del 68 fue una reacción contra un sistema de falsos valores, pero apenas lo analiza como un intento de reemplazar la organización social del sistema. Nunca estudia su origen, ni sus metas, tácticas innovadoras o tendencias contradictorias, aspectos todos ellos de mucha más importancia que la “revelación” de una quiebra moral que era tan obvia desde hacía tiempo. Rexroth ha criticado de forma acertada a la Nueva Izquierda por su falta de una estrategia coherente, pero no parece que él haya presentado ninguna otra estrategia que vaya más allá de animar vagamente a la “acción moral individual” o impulsar la acción colectiva en determinados temas. Después de la desaparición del Círculo Libertario, ni él ni ninguno de sus amigos ha dado muestras de haber avanzado en la crítica social que venían realizando. Tampoco parece que hayan vuelto a exponer de una manera explícita y continuada lo que aún podría quedar de sus antiguas ideas libertarias. Al tratarse de personas que tenían, merecidamente en muchos aspectos, cierta influencia, el hecho de que no abordaran los nuevos temas teóricos y estratégicos contribuyó a la ingenuidad política de la contracultura de los años sesenta. A falta de una perspectiva libertaria coherente, las antiguas ideologías iban a resurgir de forma natural para llenar el espacio vacío. Facciones militantes de la Nueva Izquierda degenerarían pronto en el revoltijo más aburrido y delirante de la vieja izquierda, ante el cual, la mayor parte de las otras facciones reaccionó con desagrado volviendo a posturas más reformistas o apolíticas.

Ante la debacle de la política de la Nueva Izquierda al final de los años sesenta, Rexroth va a poner más énfasis en los aspectos culturales del movimiento. *The Alternative Society* (1970) refleja esta inclinación. A pesar de que contiene artículos sobre diversos temas sociales, casi la mitad del libro está dedicado al nuevo auge de la poesía y la canción; su sociedad alternativa vendría a ser la contracultura de los jóvenes, o al menos, sus tendencias más profundas: la “subcultura de la separación”. “Es un error hablar de canción o de poesía protesta. La protesta implica una posibilidad de rectificación, se produce dentro de una cultura. Con la larga lista de horrores que hemos ido acumulando, la protesta se ha convertido en alienación y la alienación en una separación total.” No se trata tanto de una separación geográfica (a pesar de que puede incluir la formación de comunas u otros tipos de comunidades alternativas) como de una reorientación primordial del sistema de valores, una reformulación que se mantiene, aunque no de forma muy visible, mientras que las superficiales modas hippies tan pronto van como vienen.

En su lucha por alcanzar una nueva comunidad con metas sensatas en la vida y una moral basada en la honradez, y mientras se desvanecen sus locuras juveniles y modas pasajeras, los jóvenes que se separan de esta sociedad desquiciada y nociva coinciden con aquellos predecesores —menonitas, hermanos moravos, amish, huteritas, cuáqueros— que se retiraron de la locura y el horror de las guerras religiosas y del colapso de la sociedad medieval.

En su obra *Communalism: From Its Origins to the Twentieth Century* (1974), Rexroth analiza estas sociedades y otras más antiguas, desde los primeros cristianos, pasando por las sectas heréticas y los movimientos milenaristas de la Edad Media, hasta las comunidades seculares utópicas de los dos últimos siglos.

La mayor parte de los grupos que estudia son religiosos; sólo los del final incluyen comunidades laicas. En este aspecto, el libro de Rexroth representa una rica exposición sobre la dialéctica social de las religiones que, como todos sabemos, han contribuido por lo general a reforzar el orden establecido, pero que cuando son llevadas hasta sus implicaciones más radicales, tienden a socavarlo. Incluso tendencias tan inofensivas como la vida monástica laica pueden suponer una amenaza en potencia: “El monaquismo organizado era una manera de poner en cuarentena la vida cristiana; por este motivo la Iglesia ha insistido siempre en que los monjes fuesen célibes. (...) El monaquismo laico, es decir, comunidades de familias que comparten todo y que viven una vida siguiendo el modelo de los apóstoles, se convierte inevitablemente en un modelo de contracultura.” Esta amenaza resulta más evidente en las relaciones entre los Hermanos del Libre Espíritu y las revueltas milenaristas, y en el surgimiento de grupos anarcosindicalistas de inspiración religiosa como los Diggers en la revolución inglesa.

Sin embargo, todas estas comunidades alternativas, incluidas las seculares con conciencia más radical, mantuvieron una relación ambigua con la sociedad dominante. Hasta cierto punto, sirvieron de refugio contra esa sociedad y han sido un ejemplo de valores y posibilidades diferentes. Pero al coexistir con ella iban a enredarse, sin poder evitarlo, en compromisos y confusiones, y normalmente, acabarían disgregándose pronto a causa de sus propias contradicciones. El libro de Rexroth muestra un conjunto interesante de éxitos, fallos, excentricidades y locuras de estos grupos, pero hace un análisis demasiado empírico y estrecho de miras. Cuando habla de comunidades alternativas, lo hace casi siempre en términos de su organización interna y supervivencia individual (considera a los huteritas, por ejemplo, como “la más triunfadora”, ya que son los únicos que han mantenido una vida comunal completa durante siglos), y no menciona la poca importancia que tienen para el movimiento contestatario moderno. Puede ser, como él concluye, que los líderes carismáticos, las creencias religiosas y el trabajo duro hayan sido factores de vital importancia para la supervivencia de pequeños grupos utópicos en un mundo de escasez y hostilidad, pero éstos tienen poco que ver con el proyecto de una sociedad global que ya habría dejado atrás la época de la escasez.

Sea probable o no que llegue a existir semejante sociedad, Rexroth piensa que hemos llegado a un punto donde no sólo es posible, sino también necesaria.

La única alternativa es la utopía o el caos. (...) Los síntomas del desplome de la civilización se ven por todas partes y son bastante más agudos que los que se percibieron en los últimos años del imperio romano. Sin embargo, no todos estos síntomas son necesariamente patológicos. El mundo contemporáneo se ve afectado por dos tendencias opuestas: una que tiende a su destrucción social, otra que anuncia el nacimiento de una nueva sociedad.

Pero cuando Rexroth intenta analizar la naturaleza de este conflicto cae, a veces, en la confusión y llega a conclusiones que no son lógicas:

Las señales más evidentes de la revolución se dan en las áreas más libres, es decir, las relaciones sociales entre las personas, lejos de la burocracia sindicalista o estatal. Para lanzar un ataque contra el Estado y el sistema económico se necesita poder, y es el Estado, que en realidad es la fuerza policial del sistema económico, el que detenta hasta el momento todo el poder

efectivo. Las manifestaciones o los cócteles molotov no sirven de nada ante la bomba atómica. Por este motivo, los cambios importantes están teniendo lugar en lo que los jóvenes revolucionarios llaman “estilo de vida”.

Su forma de hablar aquí sobre el “poder” es bastante confusa. Ciertamente es que, en general, resulta inútil luchar contra el Estado en su propio terreno, pero esto no significa que la única alternativa que quede sea la de limitarse a cambiar nuestra forma de vida y nuestras relaciones con los demás. ¿Dónde estaba todo el poder del Estado en mayo del 68, en Portugal en 1974, en Polonia en 1980, o en el este de Europa en 1989? ¿Cuál era el papel de la bomba atómica en todo esto? En todos estos casos, el sistema ha sobrevivido debido no tanto a la represión física como a la cooptación, utilizando tácticas divisorias, reconduciendo los movimientos de oposición y manipulándolos para llegar a compromisos reformistas.

En estos momentos asistimos a una sublevación instintiva contra la deshumanización por todo el mundo. El marxismo proponía eliminar la alienación del hombre en el trabajo, en sus relaciones personales y dentro de sí mismo a través de un cambio del sistema económico. El sistema económico se ha cambiado, pero la alienación del ser humano no ha hecho sino aumentar. Sea llamado socialismo o capitalismo, en relación a las satisfacciones humanas y al significado de la vida, es lo mismo el Este que el Oeste. Por lo tanto, la revolución actual no tendría como primer objetivo el cambio de las estructuras económicas y políticas sino el ataque a la alienación del hombre como tal.

El sistema económico ha sido modificado de varias maneras, pero nunca ha sido reemplazado por completo en ningún lugar según lo imaginó Marx (como Rexroth nos hace notar en algunos de sus trabajos, el “marxismo” tiene tan poco que ver con Marx como el cristianismo con Cristo.) El fracaso del capitalismo de Estado “comunista” y la incompetencia del socialismo reformista, tan evidente desde hacía ya tiempo, han demostrado lo obsoleto del izquierdismo estatal, pero no el fracaso del proyecto original de Marx y los anarquistas, que pretendían la abolición del Estado y el capitalismo. La sublevación actual se dirige, con razón, a cualquier forma de alienación en lugar de limitarse a las estrechas batallas políticas y económicas de la vieja izquierda, mas difícilmente podrá esperar salir con éxito de un ataque a la alienación “como tal” sin eliminar tarde o temprano sus bases económicas.

Rexroth ve su sociedad alternativa como una “nueva sociedad dentro de la cáscara antigua”, pero en ningún momento se imagina cómo puede romper esa cáscara y suplantarla. Parece tener tan solo la vaga esperanza de que un cierto número de personas, poniendo en práctica una auténtica comunidad dentro de los resquicios del viejo sistema, vayan a ser capaces de mantener viva la llama. Incluso si esto ofreciese pocas oportunidades de evitar una catástrofe nuclear o ecológica, él cree que éste es el modo más satisfactorio de vivir mientras tanto.

Si la sociedad alternativa llegase a ser una sociedad de bodhisattvas ecológicos habríamos llegado a la confrontación final. Ayuda mutua y respeto por la vida, conciencia plena del lugar que cada uno ocupa en la comunidad de criaturas, éstas son las bases para una sociedad alternativa. (...) No hay probabilidad de que ganen, ya es demasiado tarde; pero al menos podrán edificar un reino frente al Apocalipsis, una sociedad guarnecida de gente moral y responsable que se enfrente a la extinción con la conciencia limpia y con vidas tan dichosamente vividas como fuera posible.

Rexroth estaba hablando a la gente de las amenazas a la ecología décadas antes de que

muchos de ellos hubieran oído esta palabra, y cada día que pasa es más evidente que estaba en lo cierto acerca de la gravedad del tema. Un equilibrio ecológico mundial que sea viable es un asunto delicado; una vez que el deterioro ha llegado a cierto punto, puede resultar imposible invertir la tendencia. Es bien sabido, que en este momento se están produciendo una serie de abusos ecológicos que, si no se corrigen con rapidez, pronto no tendrán vuelta atrás. Incluso aquellos que se detengan ahora pueden continuar causando efectos retardados en los años venideros. Y por supuesto, la mayoría no han sido refrenados en absoluto y no parece que vaya a ser así mientras exista un sistema en el que los grandes grupos de poder puedan obtener provechosos beneficios a corto plazo.

En mi opinión, la situación es desesperada. La raza humana ha provocado una crisis ecológica irremediable y camina hacia su extinción, hacia una muerte de la especie en menos de un siglo. Y eso sin contar con la bomba atómica. (...) Pero suponiendo que exista aún una posibilidad de cambiar “el viaje al fin de la noche” de esta sociedad, esto sólo se podrá hacer por contagio, infiltrando en el tejido social unas cápsulas invisibles que inoculen y extiendan por todo él una enfermedad llamada “salud”.

Esto nos devuelve a la poesía y a la música que serían, según Rexroth, algunos de los medios más eficaces de “contagiar” semejante enfermedad.

La canción *underground*, nos dice, se remonta hasta los cantos goliárdicos medievales: cantos que celebran el vino y el amor y satirizan el orden existente (popularizados por Carl Orff en *Carmina Burana* y grabados más recientemente en versiones originales). En Francia, su rastro va desde el misticismo sexual de los trovadores y el submundo bohemio de François Villon, pasando por los poetas malditos y los cafés cantantes del siglo XIX, hasta George Brassens y otros cantautores posteriores a la segunda guerra mundial, que han originado el “renacimiento más grande de la canción en los tiempos modernos” y que han “sustituido el apetito de posesión por la sensibilidad lírica”. “Brassens, nos comenta, habla conscientemente para los irre recuperables irredentos. Sabía que ni él ni sus seguidores, cada vez más numerosos, podrían ser ni serían nunca asimilados por el sistema, y también sabía el porqué. Nos lo dijo en todas sus canciones sea cual fuere el tema del que trataran. Con él la contracultura alcanzó madurez.”

En América, Rexroth describe una evolución paralela desde las baladas tradicionales, música folk y blues hasta los cantantes contraculturales de los años sesenta. Él diferencia la auténtica música folclórica — “la expresión natural de una comunidad orgánica” — de la canción protesta pseudo folclórica, la cual considera, en su mayor parte, mala y ridícula, o aún peor: una expresión de la Mentira Social. Es verdad que algunos de sus propios poemas contienen formulaciones radicales, pero también es cierto que, al mismo tiempo, rechaza siempre la idea de que el arte debiera estar subordinado a las exigencias “progresistas”. Piensa que las letras que comunican una visión personal auténtica son, finalmente, más subversivas que la propaganda explícita. “La poesía puede provocar una respuesta más intensa, más profunda y más amplia ante la vida. No pretendo decir con ello que vayamos a ser hombres mejores — eso depende de cada uno — sino que, el hecho de que la poesía forme parte de nuestra vida nos hará responder de una manera mucho más universal ante los problemas, las cosas, los objetos, ante esa vida en general y, en definitiva, podremos poner en juego nuestros más íntimos recursos.” Rexroth supone además que esta profunda respuesta a la vida irá unida a un rechazo a la alienación y al condicionamiento y que todo esto socavará el orden establecido:

La contracultura, entendida como cultura, es decir, como forma de vida, es algo que no se puede aprehender ni delimitar, corre por las venas de nuestra sociedad y no es posible arrancarla de ella. Sus efectos son corrosivos y

continuos. (...) Las canciones de Joni Mitchell (...) implican y presentan un esquema de relaciones humanas que no son asimilables por el sistema, (...) vemos en ellas una clase de amor que no puede existir en esta sociedad. Sus canciones se extienden como la radioactividad. Fomentan, en la medida de lo posible, la subversión a su alrededor.

¡Ojalá fuera así de sencillo! Es difícil valorar el alcance de una obra artística, pero dudo bastante que cualquier canción, sea de Brassens o Mitchell, o de cualquier otro, pueda ser inmune, hasta este punto, a la asimilación. Como mucho, puede que hayan desempeñado un pequeño papel en el mantenimiento de un soplo de humanidad entre toda esta presión deshumanizadora que nos rodea. Los comentarios de Rexroth a los poemas de William Blake señalan su papel beneficioso y al mismo tiempo nos revelan sus limitaciones: “Es el arte de proveer al corazón con imágenes de su propia alienación. Si el individuo o la sociedad pueden proyectar los dilemas con los que la razón es incapaz de enfrentarse, éstos podrán ser controlados, aunque no puedan ser dominados. Ésta fue la función de Blake. Él vio la futura civilización mercantil y preparó un refugio, una fortaleza o un puerto simbólicos.”

Por otra parte, es preciso hacer una distinción entre contracultura como “una forma de vida” y la mera novedad artística. En la medida en que la contracultura de los años sesenta consistía en experimentos audaces de diferentes modos de vida y conciencia, podríamos decir que era bastante “corrosiva”. Pero, presentar sus expresiones artísticas como su factor central sería un error. Puede que unos pocos poemas y algunas canciones hayan tenido gran influencia, pero, en su mayoría, fueron pálidos reflejos tardíos de las aventuras que realmente estaban ocurriendo.

Las tesis de Rexroth son más aplicables a los países “comunistas”. Como él mismo señaló, el hecho de una simple visita de Allen Ginsberg a Praga, o de Joan Baez a Berlín, fue capaz de sembrar el pánico entre los burócratas. Pero esto ocurría porque casi cualquier tipo de oposición amenazaba el monopolio ideológico del que dependía el poder de las burocracias estalinistas. En los sistemas occidentales, más flexibles, se pueden realizar obras artísticas verdaderamente exageradas y, aún así, el sistema las asimilará como parte del espectáculo sin ningún problema. Su extremismo le sirve al sistema para apoyar la pretensión de que hay total libertad de expresión (esto sólo mientras el arte permanezca dentro del espectáculo y no pase a la acción).

Pero aquí llega la *reducción al absurdo* de las tesis de Rexroth:

En general, mis gustos personales van hacia cantautores que tratan de llegar al fondo de las cosas, que hablan de una transformación fundamental de la sensibilidad en las relaciones humanas y por lo tanto en el lenguaje. Por ejemplo, Dylan en sus mejores momentos, Donovan, Leonard Cohen, Joni Mitchell (...), hay mucha gente como ésta por todo el mundo, en Francia quizá más que en ninguna otra parte. Muchas de las actividades lúdicas que tuvieron lugar día y noche en el Odeón de París, durante la revolución de mayo del 68, no tenían nada que ver directamente con las, pasajeras después de todo, revueltas en las calles, los males del sistema o las traiciones de la izquierda política. La gente cantaba canciones que iban a la raíz de los males presentando un nuevo modelo de ser humano.

Aunque la poesía y la música tuvieran en realidad efectos subversivos, los argumentos de Rexroth caen de plano si, cuando surge una rara oportunidad en la que todo se pone en cuestión y la gente tiene una pequeña oportunidad de cambiar la historia, a él no se le ocurre nada más que continuar cantando. Había mucha más poesía en el acto de tomar el

Odeón que en todas las canciones que se hubieran podido cantar allí. En una situación como la de mayo del 68, en la que a millones de personas se les saca de su habitual existencia sonámbula y se les da a probar lo que es la vida real, lo importante no es “presentar” modelos alternativos de relaciones humanas, sino llevarlos a cabo.

Toda la organización de la sociedad moderna va en contra de esto. No solamente las restricciones económicas y políticas, sino también una extendida y sutil contaminación cultural, que convierte a la gente en adicta a un consumismo pasivo, funcionan en contra de toda realización humana. Nuestra vida está dominada por una constante invasión de espectáculos: noticias, anuncios, estrellas de cine, aventuras de segunda mano o incluso imágenes de revoluciones. Los situacionistas han demostrado que esto no es un rasgo superficial de la vida moderna sino que refleja un estadio cualitativo nuevo de la alienación capitalista. “El espectáculo no es una colección de imágenes, sino una relación social entre las personas, mediatizada por las imágenes” (Guy Debord, *La Sociedad del Espectáculo*).
(12)

En este nuevo contexto el papel del arte se convierte en algo más ambiguo. Cualquiera que sea su creatividad o sus aparentes aspectos radicales, el arte pasa a formar parte del espectáculo y tiende a reforzar la pasividad del espectador.

La relación entre los autores y los espectadores es sólo una transposición de la relación entre dirigentes y ejecutantes. (...) La relación entre el espectáculo y el espectador es, en sí misma, reflejo y refuerzo del orden capitalista. La ambigüedad de todo “arte revolucionario” reside en el hecho de que el aspecto revolucionario de cualquier representación tiene siempre un contrapeso de elementos reaccionarios que están presentes en todo espectáculo. [Debord y Canjuers].

En realidad Rexroth no analiza esta cuestión, y eso debilita en gran medida sus argumentos a favor de un arte subversivo. Básicamente, él aún acepta las funciones tradicionales del arte, sólo querría que éstas fuesen llevadas a cabo de una manera mejor y más extensa, que el arte fuera más auténtico y relevante. Insiste en la necesidad de que el arte consista en una comunicación vital, pero esta comunicación sería, igual que ha sido siempre, una actividad especial hecha sólo por algunas personas, de acuerdo con ciertas formas y en determinadas circunstancias.

Incluso esas tendencias vanguardistas, que han tratado de suprimir lo que el arte tiene de representación, provocando la participación de la audiencia (por ejemplo los happenings), lo hacen dentro de tales limitaciones de espacio, tiempo y contenido, que convierten esta participación en una farsa. Como concluyeron los situacionistas, la verdadera realización del arte implica ir más allá de sus límites y llevar la creatividad y la aventura dentro de la crítica y la liberación de todas las manifestaciones de la vida; y lo primero de todo, implica tratar de subvertir los condicionantes de la sumisión que impiden que la gente cree sus propias aventuras. Esto no quiere decir que todas las obras literarias y artísticas sean irrelevantes o reaccionarias, pero es poco probable que siquiera las mejores sean tan intrínsecamente subversivas como Rexroth parece esperar.

Sin embargo, si la estrategia de Rexroth sobre la sutil subversión cultural es, en algunos aspectos, dudosa, está muy en lo cierto cuando trata de fomentar la comunidad y la creatividad aquí y ahora, cuando insiste en que “las satisfacciones humanas y el significado de la vida” no se deben posponer ante un futuro hipotético. Los medios pueden no ser idénticos a los fines; pero al menos, deben ser coherentes con ellos. Los valores que Rexroth encarna son fundamentales para cualquier auténtica liberación social, precisamente porque nos proporcionan satisfacción por sí mismos y dan sentido a nuestra vida. Como él

mismo lo expresa en uno de sus poemas más conmovedores, escrito en 1952 para las exequias de un viejo amigo:

(...) Creíamos
que veríamos con nuestros propios ojos
un mundo nuevo
donde el hombre ya no sería
un lobo para el hombre, sino donde
todos, hombres y mujeres,
serían hermanos y amantes a la vez.
No lo veremos. Ninguno de nosotros lo verá.
Está mucho más lejos de lo que creíamos.
(...) No importa.
Juntos fuimos camaradas.
La vida fue hermosa para nosotros. Es
bueno ser valiente. No hay nada
mejor. La comida es más sabrosa. El vino
es más reluciente. Las chicas son más
bonitas. El cielo es más azul. (...)
Si aquellos días hermosos no vuelven jamás,
es algo que no sabremos. No nos va a importar.
Lo mejor fue nuestra vida. Nosotros fuimos
los hombres más felices de nuestra época.

Adiós, mi viejo y querido mentor.

[NOTAS]

11. Herbert Read (1893-1968). Poeta, filósofo y crítico de arte nacido en Inglaterra.

12. Este libro y otros textos de los situacionistas pueden encontrarse en la página web <http://alterediciones.com/ash/>

Fin del capítulo 3 de “Erotismo, Misticismo y Revolución” de Ken Knabb, traducción de Esther Quintana revisada por Ken Knabb. Versión original: [The Relevance of Rexroth](#) (1990).

No copyright.

[\[Capítulo 1 : Vida y Literatura\]](#)

[\[Capítulo 2 : Magnanimidad y Misticismo\]](#)

[\[Otros textos en español\]](#)

[\[REXROTH ARCHIVE\]](#)

[\[Home\]](#) [\[Public Secrets\]](#) [\[Situationist International\]](#) [\[Index\]](#) [\[Search\]](#)

Bureau of Public Secrets, PO Box 1044, Berkeley CA 94701, USA
www.bopsecrets.org knabb@bopsecrets.org